
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
EL ESPECTRO DE FARMOOR
KELLTOM McINTIRE


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

219 — Páramo alucinante, *Ray Lester*.
220 — Pueblo de cadáveres, *Curtis Garland*.
221 — El precio del miedo, *Ada Goretti*.
222 — Un diablo suelto, *Clark Carradas*.
223 — Un dulce hogar en el infierno, *Silver Kane*.

KELLTOM McINTIRE

EL ESPECTRO DE FARMOOR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 224
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.738 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La prisión de Farmoor ocupaba una vieja fortaleza del siglo XIV, en mitad de una zona pantanosa e insalubre.

Míster Donald Freeman, el director de la prisión, insistía continuamente en la necesidad de abandonar los viejos edificios y trasladar la población reclusa —integrada exclusivamente por mujeres— a un nuevo establecimiento penitenciario, más moderno y digno.

Invariablemente, Freeman dirigía una comunicación mensual a las autoridades penitenciarías, en tal sentido.

Y siempre recibía como respuesta vagas promesas de que, en un futuro próximo, Farmoor desaparecería y una nueva prisión sería construida en un lugar más saludable, dentro del mismo condado.

Por otra parte, las cantidades que la penitenciaría recibía en concepto de mantenimiento y reparaciones eran a todas luces insuficientes para mantener en situación decente las viejas instalaciones.

El estado de la vieja fortaleza era, en verdad, deprimente.

Los muros de piedra, ladrillo y argamasa estaban carcomidos por el paso de los siglos y por la persistente humedad que provenía de los pantanos próximos.

Con alarmante frecuencia, uno de aquellos muros se derrumbaba en el momento más inesperado, y no era extraño que una o varias reclusas perecieran, aplastadas bajo unas cuantas toneladas de piedras y cascotes.

En realidad, la inicial obra de fábrica de la fortaleza era resistente, pero no ocurría lo mismo con los muros y bóvedas añadidos posteriormente para habilitar las dependencias de la prisión.

En el húmedo ambiente de Farmoor, cualquier reparación que hiciesen los albañiles se desmoronaba y decaía en pocos años: los ladrillos se convertían en fino polvillo rojo y pastoso, y constantemente había que estar poniendo parches aquí y allá.

Los servicios higiénicos colectivos se veían invadidos por enormes ratas grises, cuyos estridentes chillidos en la madrugada eran capaces de helar la sangre en las venas de los funcionarios de ambos sexos encargados de la vigilancia.

Por lo demás, Farmoor era un laberinto de pasadizos, escaleras que ascendían hasta los torreones y lóbregos sótanos, cuyos muros de piedra destilaban humedad constantemente.

No era raro apoyarse en una pared y recibir una tremenda descarga eléctrica que le arrojase a uno a tres metros de distancia, puesto que toda la instalación era arcaica, y los conductores eléctricos estaban continuamente derivados a través de los húmedos muros.

El piso del despacho de Freeman se había hundido, pocos meses antes. Afortunadamente, el hecho ocurrió durante la noche, por lo cual el director de la prisión no se encontraba allí.

Los albañiles tardaron casi una semana en colocar vigas de hormigón sobre el sótano y terminar el solado.

Pero, a partir de aquel momento, Freeman procuró pasar el menor número de horas en su despacho.

¿Quién podía asegurarle que la segunda vez que se hundiera el piso, iba a tener la misma suerte...?

La población reclusa de Farmoor —como hemos dicho antes— estaba compuesta por mujeres.

Ciento cincuenta condenadas, que suponían la hez y la escoria de las prisiones inglesas.

Desde cualquier otra prisión, una reclusa podía ser trasladada a Farmoor en concepto de castigo a su falta de disciplina. Pero de allí no se podía volver a ningún otro establecimiento penitenciario.

Es decir, sólo había dos caminos: el de la libertad o.., el del gris y tenebroso cementerio, situado al borde de la ciénaga.

La mayoría de las ciento cincuenta presidiarías de Farmoor eran relativamente jóvenes: entre veinte y cuarenta años.

Y ello, por una razón obvia: las ancianas solían durar pocos inviernos en la inhóspita prisión.

El reuma, la gripe, la pulmonía y... la locura, acechaban en Farmoor.

Freeman era un hombre de unos cincuenta años. Había sido militar, y poseía un carácter enérgico y autoritario, pero era un hombre honrado y sensible a las calamidades del prójimo.

Había conseguido un excelente grado de disciplina en Farmoor, tanto en las reclusas que cumplían condena en la prisión, como en los funcionarios y funcionarías que se ocupaban de los servicios.

Para Freeman, nada importaba que aquellas mujeres recluidas en la vetusta fortaleza fueran convictas de los más atroces crímenes.

El director procuraba, en todo momento, que recibiesen de los funcionarios un trato correcto. Además, en Farmoor estaban desterrados los castigos corporales, y cualquier otro que resultase cruel o exagerado.

Lo peor para las mujeres de Farmoor era verse privadas de la autorización para utilizar maquillajes, perfumes o ropa interior distinta de la que proveían los servicios penitenciarios. Y en ello consistía normalmente el castigo que Freeman imponía a las más díscolas o violentas.

En Farmoor había asesinas, ladronas, prostitutas y delincuentes de toda laya.

La mayoría habían sido consideradas como irrecuperables para la sociedad, y muchas de ellas habían sido condenadas, por sus crímenes, a cadena perpetua.

Freeman había conseguido para ellas un pequeño taller de alfombras, donde trabajaban aquellas reclusas que lo solicitaban.

Poco a poco, el taller se había ido mejorando, mediante las ganancias que la venta de alfombras suponía. Se habían adquirido tres grandes telares

mecánicos, lo cual supuso un aumento considerable en la producción, con lo que los ingresos de las operarías recluidas se elevaron aceptablemente.

Era la única compensación para las mujeres de Farmoor: el trabajo. Su pequeño jornal les permitía adquirir ropa, cigarrillos y algunas chucherías permitidas por el reglamento penitenciario.

Fuera del taller, todo era lóbrego y desagradable en la prisión, desde los húmedos cubículos llamados celdas que albergaban a tres reclusas, hasta los estrechos y profundos patios, donde les estaba permitido pasear un par de horas al día.

La plantilla estaba formada por el director, el administrador, el médico, el reverendo Parkinson, cinco guardianes masculinos y veinte funcionarías.

De la próxima ciudad, Moortown, situada a unos dieciocho kilómetros de la prisión, solía venir cinco días por semana una vieja maestra, que impartía su ciase de cultura general en un oscuro y amplio salón llamado «escuela».

En Farmoor, los trescientos sesenta y cinco días del año transcurrían monótonos y tristes para las mujeres que purgaban sus delitos entre sus vetustos muros de piedra.

Desde principios del otoño hasta bien entrada la primavera, la niebla, espesa y gris, emergía de los marjales próximos, y estrechaba su angustioso cerco alrededor de la penitenciaría.

A las cuatro de la tarde era preciso encender el alumbrado eléctrico, pues las tinieblas se apoderaban muy temprano de la fortaleza.

En las largas noches de Farmoor, no era extraño oír, de repente, un alarido estridente que rasgara como un puñal el silencio: podía ser Margaret la Loca, una mujer de cuarenta y un años que había asesinado a su esposo mientras dormía, y que solía sufrir frecuente-mente violentos accesos epilépticos, en mitad de los cuales le acosaban terribles alucinaciones.

El invierno era lo más duro.

El frío y la humedad solían causar varias bajas entre las más viejas y débiles.

También, de cuando en cuando, una reclusa aparecía ahorcada en su celda, como Mathilde O'Hara, que consiguió ocultar pacientemente en sus ropas algunas hebras de la Jana utilizada en la fabricación de alfombras.

Pacientemente, Mathilde empleaba las horas de la noche en unir aquellas hebras hasta conseguir una resistente cuerda de tres metros de longitud.

Aquella misma noche, Mathilde se había despedido correctamente de sus compañeras.

—Deseadme suerte. Esta noche emprenderé el gran viaje —fueron sus palabras.

—Deliras, pequeña —se rieron sus amigas—. Nadie ha escapado jamás de Farmoor.

—Yo escaparé —declaró ella, con acento enigmático.

Y escapó... hacia el Más Allá.

La encontraron sus compañeras de celda, al amanecer, colgada de la reja

del estrecho ventanuco que les servía de respiradero.

Morada era la cuerda con la que Mathilde había puesto fin a su existencia. E igualmente morado era el tétrico tono que cubría sus facciones muertas.

El porvenir era sombrío para la mayoría de aquellas desgraciadas mujeres.

Algunas habían sido condenadas a cuarenta años de reclusión, sin derecho a gozar de la libertad condicional por su decidida oposición al reglamento disciplinario de la prisión.

Las jóvenes eran conscientes de su negra suerte: si salían con vida de Farmoor, sería veinte o treinta años después, cuando sus rostros estuvieran marchitos y sus corazones secos como el corcho.

Algunas se reunían en restringidos grupos, y conspiraban entre sí, planeando la fuga.

En el fondo, era una simple fórmula para mantener su interés tenso, pues, por lo demás, cualquier plan de fuga era simplemente fantástico.

Los gruesos y altos muros de la prisión suponían la primera barrera.

Estaban también los vigilantes en sus garitas, dotadas de potentes focos luminosos y eficaces metralletas, sin contar con la docena de feroces perros doberman que los vigilantes soltaban al anochecer, en el recinto interior.

Por último, en el hipotético caso de conseguir verse al otro lado de los muros de Farmoor, quedaban los inhóspitos y peligrosos pantanos, a través de los cuales sería preciso intentar la huida.

Pero sólo un experto sería capaz de encontrar un camino seguro, a través de las putrefactas ciénagas.

Nadie recordaba que una de las mujeres de Farmoor hubiera conseguido fugarse.

Pero la noche del veintiocho de octubre, cuando dos funcionarios se disponían a encerrar a las reclusas en sus celdas, ocurrió algo que revolucionó en pocos minutos la prisión.

Realizado el recuento (*Para prevenir y detectar las fugas de penados, en las prisiones se realizan diariamente varias formaciones que tienen por fin contar a los presos, función que recibe el nombre de recuento*), la funcionaria Hilton comenzó a intranquilizarse.

La población reclusa, según el estallido, era de ciento cincuenta y cinco mujeres, pero, según su cuenta, sólo aparecían ciento cincuenta y cuatro.

Muy nerviosa, Hilton —seguida de la reclusa auxiliar Smith— tornó a contar a las recluidas en sus celdas.

—Ciento cincuenta y cuatro —repitió, estupefacta.

Cuatro veces contó. Con el mismo resultado.

Muy alarmada ya, se entrevistó con la supervisora de servicios, la señorita Tacher.

La prisión fue registrada de arriba abajo, pero la reclusa número ciento cincuenta y cinco no apareció.

Se trataba de Helen Bachman, de treinta y ocho años, una de las más rebeldes y violentas.

—No es posible —dijo míster Freeman, cuando fue informado del asunto.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia: Helen Bachman, la primera mujer en la historia de la tétrica prisión de Farmoor que había conseguido fugarse.

Era un misterio, nadie podía explicárselo.

Los vigilantes del recinto exterior fueron interrogados uno por uno, función de la que se ocupó personalmente el director.

—No hemos visto nada. Nadie saltó el muro en mi turno de guardia —fue la invariable respuesta.

Freeman se dijo a sí mismo:

—Está bien, ha habido una fuga.

Y se apresuró a tomar el teléfono, a denunciar el hecho a la policía, con una minuciosa descripción de la huida, tras lo cual se comunicó con las autoridades penitenciarias, e informó a su jefe inmediato de lo sucedido.

Freeman tuvo que soportar la presencia de un inspector de los servicios penales, que husmeó todas las dependencias de la prisión. Naturalmente, sin el menor resultado positivo.

Como no se pudo detectar ningún fallo en los servicios de seguridad de la prisión, ni Freeman ni ninguno de sus funcionarios tuvo que soportar medidas disciplinarias.

Helen Bachman jamás fue detenida por la policía. En realidad, nadie volvió a saber de ella hasta el verano siguiente.

Entonces, una mañana de julio, cálida y radiante, la reclusa que se encargaba de cuidar el pequeño jardín del patio central, desenterró un cráneo humano entre el húmedo mantillo.

Aunque Esther Curtis era una mujer apática y flemática, apenas pudo contener un alarido de terror.

En una carrera, llegó hasta la cabina de la funcionaria de vigilancia y, con atropelladas palabras, dio cuenta de su macabro hallazgo.

Freeman llamó a la policía de Moortown. Y el sargento McBell llegó, acompañado por el médico forense.

La calavera pertenecía a un cuerpo humano cuyos restos fueron extraídos del mantillo.

Tres dientes de oro brillaban en la mandíbula superior del cráneo mondo que parecía sonreír en una mueca diabólica.

—Yo diría que este cadáver es el de... Helen Bachman —murmuró Esther Curtis. Y se estremeció.

—¿Está segura? —preguntó el médico forense.

Míster John Kenbuick movió la cabeza escéptico. Kenbuick era el médico de la prisión.

—No le haga mucho caso, doctor —dijo al oído del forense—. Esa mujer es una maníaca.

—Estoy segura —insistió Esther—. Helen tenía tres dientes de oro. Pero además...

—Siga —la animó el sargento McBell.

—Bueno, Helen se rompió el brazo derecho cuando, en cierta ocasión, intentó fugarse. Si tiene dudas, sólo necesita observar su esqueleto —respondió la Curtis con cierto aplomo.

El cadáver de la Bachman hedía. Y el hedor se hizo más intenso, a los rayos del sol.

El forense, doctor Higgins, dispuso que el cadáver fuera trasladado a Moortown para realizar la autopsia.

Y el resultado no se hizo esperar.

—Era, en efecto, Helen Bachman. Fue envenenada con una fuerte dosis de raticida —declaró Higgins.

CAPITULO II

No había sido una vida muy edificante, la de Helen Bachman.

Prostituta a los dieciocho años, había asesinado a un anciano, propietario de una pequeña tienda en el Soho, para robarle cien libras, pocos años después.

La justicia había sido leve con ella: a los treinta años, estaba en libertad.

Helen había reflexionado mucho, en la cárcel. Pensó que jamás se haría rica ejerciendo el oficio más antiguo del mundo.

Era guapa, muy atractiva, con una belleza desgarrada y agresiva. Y se propuso explotarla, aunque de otra manera.

Su truco consistió, a partir de entonces, en insertar anuncios en los diarios de Londres.

La redacción de sus anuncios era poco más o menos así:

> «Joven muy atractiva desea entablar relaciones con caballero de cincuenta a sesenta años, sin familia, y con recursos económicos suficientes para sufragar los gastos de un hogar. Mi objetivo es el matrimonio, y disculparía cualquier defecto físico en los aspirantes.»

No tenía demasiada imaginación Helen Bachman, pero la aparente candidez de sus anuncios surtió rápidamente efecto.

Quince días después, Helen contraía matrimonio con un anciano caballero, llamado Anthony Bitts.

Bitts era manco del brazo derecho, y aguantaba estoicamente otros numerosos achaques, propios de su edad: sesenta y dos años.

Pero Bitts gozaba de una excelente pensión, pues había sido oficial del ejército, y había sido mutilado en la guerra.

No era un despilfarrador, y había conseguido ahorrar unas treinta mil libras.

A fuerza de arrumacos, Helen consiguió que míster Bitts hiciese testamento a favor de su flamante y bella esposa.

Y en cuanto tuvo la seguridad de que las treinta mil libras irían a parar a sus manos, Helen puso en práctica lo que ya había decidido: asesinar a Bitts.

Llevó el asesinato a cabo, de forma muy sutil: viajó con su esposo a Brighton, le obligó a pasear por los muelles al oscurecer y, de repente, le empujó a las oscuras aguas del puerto.

Sucedió lo que era lógico: Bitts, a falta de su brazo derecho y con una pierna inútil, por la gota, se ahogó en poco más de un minuto.

Hubo una investigación policial exhaustiva. Sus antecedentes convertían a Helen en sospechosa... Pero, providencialmente, hubo un testigo a su favor: un joven estibador portuario declaró que Bitts había resbalado en los húmedos

adoquines, y había caído al mar accidentalmente.

Helen pudo disponer libremente de treinta mil jugosas libras. Pero tuvo que recompensar a su «providencial» testigo, de forma muy íntima.

Para deshacerse de su joven amante, Helen no encontró otro recurso que aplastarle el cráneo con un pesado cenicero de bronce, y sumergir más tarde el cadáver en un baño de ácido sulfúrico, tras lo cual abrió el sumidero, y se desentendió del asunto, sin mayores problemas de conciencia.

Treinta mil libras podían permitirle ciertas compensaciones. Y Helen se las permitió; durante tres meses viajó por Europa, se alojó en los hoteles más caros y lujosos, visitó la Costa Azul y... se arruinó en el casino de Montecarlo.

Siempre cauta, Helen había adquirido algunas joyas, que tuvo que vender para conseguir el pasaje de vuelta a Inglaterra.

Y en cuanto estuvo en Londres, volvió a su negocio de los anuncios por palabras.

Después de Bitts, Helen Bachman consiguió hacerse con los ahorros de Henry Morris, Roger McPeherson y Aldous Sigman, todos ellos ancianos caballeros acomodados, tullidos y... sin familia.

Helen empleó diversos sistemas para deshacerse de los cadáveres de aquellos desgraciados, desde el horno incinerador de basuras hasta el acido, e incluso el descuartizamiento.

Sin embargo, cometió un tremendo e irreparable desliz, cuando entró en contacto con míster Robert Found, un caballero de sesenta años que —para desgracia de Helen— había sido policía.

Poco después de casados, ella tendió sus redes en la forma habitual, puesto que su único objetivo era, al fin y al cabo, el dinero.

Robert Found era un hombre muy cauto, y respondió:

—Te nombraré mi heredera, Helen, pero con una cláusula condicional: que no percibirás un solo penique, sí muero asesinado,

Helen se mordió los labios de rabia: Found se curaba en salud con aquella precaución adicional del testamento.

¿De qué valía asesinar a aquel viejo cargante... si no podría disponer de su dinero...?

A pesar de todo, Helen decidió eliminar a Found, pues en sus planes no constaba la posibilidad de cuidar por muchos meses a un anciano achacosa.

Como Robert Found había demostrado ser un hombre astuto y desconfiado, Helen dispuso para él un procedimiento nuevo: el veneno.

No quería complicarse la existencia comprando en la farmacia arsénico o cianuro.

Hizo un cocimiento de hojas de adelfa (*La adelfa es un arbusto de la familia de las apocináceas, que crece silvestre y también es utilizado como planta de adorno en jardines. Sus hojas y llores son venenosas, así como sus semillas*), lo dejó hervir largo tiempo para que el jugo se concentrase y... lo agregó a un aromático caldo de gallina con jerez.

Found lo probó apenas y puso sobre la mesa un revólver.

—Será mejor que no te muevas, Helen. Voy a llamar por teléfono. La policía se ocupará de ti —advirtió su esposo.

Found, siempre desconfiado, la había estado vigilando. Como ex profesional de la investigación, conocía todos los venenos caseros, y estaba al tanto de los mortíferos efectos de la adelfa.

Había sorprendido a Helen cogiendo hojas de adelfa en el jardín, y... todo lo demás fue lógica deducción.

Helen, lívida, tuvo que rendirse a la evidencia de que al fin la habían atrapado.

La policía comprobó que el caldo contenía jugo de adelfa, y la acusó de asesinato frustrado. Por desgracia, para ella, un clavo saca otro clavo... y Helen, al cabo, se vio convicta y confesa de todos sus horribles crímenes.

Se había salvado de la horca, pero su condena a perpetuidad suponía algo mil veces peor que la misma muerte.

Al fin, Helen Bachman había muerto.

La suya había sido una muerte horrenda, con el estómago destrozado por el poderoso raticida.

Ni siquiera había recibido cristiana sepultura. Alguien se había encargado de arrojar su cuerpo a la tierra, de cualquier manera.

¿Quién la había envenenado...?

El raticida era profusamente empleado en Farmoor, y cualquier presidiaría podía recogerlo libremente de los depósitos de hojalata que se ubicaban en los ángulos de los pasillos, en las celdas, y en los servicios higiénicos colectivos.

Pero habían transcurrido ocho meses desde que Helen Bachman fuera asesinada, por lo que era casi imposible que el culpable fuera hallado.

Durante el período de tiempo que el cuerpo de Helen reposó bajo medio metro de húmedo mantillo, habían tenido lugar ciertos cambios.

Por ejemplo: algunas reclusas habían marchado en libertad y también habían ingresado otras nuevas. Algunas habían muerto, bien suicidadas o de muerte natural.

El sargento McBell, con buena voluntad, intentó averiguar algo. Para ello había repasado el expediente penal de Helen Bachman, buscando, quizá, a la persona que podría tener motivos para desear la muerte de la víctima.

No obtuvo nada positivo, puesto que los hombres a los que había eliminado Helen carecían de familiares que pudieran estar empeñados en una venganza. Por otra parte, ¿cómo introducirse en la prisión para llevar a cabo el acto vindicatorio?

La clave del enigma debía estar en la misma prisión. McBell, por tanto, interrogó a Esther Curtis, como principal sospechosa.

—Cuando desapareció Helen, la jardinera era Terry Brown —contestó la Curtis con todo desparpajo—. Por otra parte, yo me encontraba aislada en una celda de castigo, por aquellas fechas. Míster Freeman puede corroborarlo.

Era cierto. Esther, por tanto, quedó descartada.

Por otra parte, Terry Brown, una antigua prostituta, dedicada a practicar el

aborto clandestino, había salido en libertad en el mes de marzo.

Seguida su pista, McBell llegó al conocimiento de que la Brown había fallecido dos meses después, en Exeter, tras una tremenda borrachera de whisky escocés.

Es decir, si Terry Brown había asesinado a la Bachman, el caso estaba concluso. Pero ¿cómo estar seguro de ello?

Durante una semana, el joven sargento McBell pasó más tiempo entre los muros de Farmoor que en su domicilio de Moortown.

Interrogó a todas las detenidas hasta el cansancio, pero no consiguió el menor dato que pudiera servirle para aclarar el asesinato de Helen Bachman.

Así pues, con toda flema, redactó un extenso informe, que elevó a sus superiores. Y se alejó de Farmoor con un suspiro de alivio.

Pero no tardaría mucho tiempo en volver. Apenas dos semanas, para ser más exactos.

En Farmoor acababa de ocurrir otro macabro suceso.

McBell se trasladó rápidamente a la prisión, y oyó el relato de labios del propio míster Freeman.

Al anochecer, Jenny Sullavan, una joven reclusa de veintitrés años, había sido encontrada, desvanecida, en los servicios higiénicos.

Jenny presentaba un aspecto espeluznante, con el rostro y el cuero cabelludo surcado por profundos arañazos, que parecían producidos por las aceradas zarpas de una fiera.

Los funcionarios habían sido alertados inmediatamente, y se había llevado a cabo un minucioso registro de las dependencias y un cuidadoso cacheo de todas las recluidas.

Entretanto, míster John Kenbuick, el médico, había sido avisado, y Jenny era ingresada en la enfermería.

El cacheo de las detenidas no arrojó ningún resultado positivo. Ninguna de ellas tenía las manos o los vestidos manchados de sangre. Tampoco se les encontró encima objeto alguno capaz de producir los tremendos arañazos.

Por otra parte, las uñas de una mujer serían impotentes para causar tan profundos y salvajes desgarros como los padecidos en el rostro y la cabeza de Jenny Sullavan.

El doctor Kenbuick desinfectó las heridas, vendó la cabeza de Jenny y aseguró que su estado no era crítico.

—Curará pronto, aunque sus facciones quedarán deformadas, si no se la somete a la cirugía estética —informó al director.

Pero el piso de los lavabos había quedado salpicado de sangre.

Freeman dio orden de que las reclusas fueran interrogadas una a una. Debía existir alguna forma de descubrir a la culpable del feroz atentado.

Jenny permaneció ingresada en la enfermería. Una de las funcionarías quedó de vigilancia en el pasillo.

Por desgracia, Freeman no consiguió resultado positivo del interrogatorio de las detenidas.

En resumen, de las declaraciones de las mujeres se desprendía que Jenny Sullavan había solicitado licencia a la funcionaria encargada, señorita Rexon, para abandonar el taller de alfombras, e ir a los lavabos.

Nadie había vuelto a ver a la Sullavan hasta que, media hora después, a la salida del taller, varias de sus compañeras habían encontrado su cuerpo ensangrentado sobre el piso de los servicios higiénicos.

La funcionaria Rexon confirmó las declaraciones de las reclusas, y Freeman, a pesar de su calma habitual, comenzó a sentirse inquieto.

Dio orden de que las condenadas fueran recluidas en sus celdas. También entre las mujeres de Farmoor comenzaba a flotar una densa atmósfera de inquietud, de pánico.

A la una de la madrugada, cuando todo estaba en silencio, se oyó un chillido espeluznante.

No eran las ratas, que galopaban normalmente entre las sombras. El agudo alarido provenía de la enfermería.

La funcionaria que vigilaba en el pasillo sintió que sus cabellos se erizaban.

Quizá el horror inmovilizó sus piernas por un instante.

Cuando al fin descorrió el cerrojo de la metálica puerta de la enfermería, y penetró en la habitación donde yacía Jenny, un espectáculo horroroso se ofreció a sus ojos.

Jenny parecía poseída del diablo. En mitad del lecho, con las sábanas desgarradas, se debatía violentamente, al tiempo que exhalaba alucinantes alaridos de espanto.

Su actitud parecía indicar que luchaba contra alguien, pero sólo ella ocupaba el lecho.

La funcionaria, dominada por el pánico, pudo comprobar que e] pijama de Jenny estaba desgarrado por completo.

La reclusa gruñía y se agitaba como si tratase de desprenderse del ataque de una bestia invisible.

La habitación aparecía en completo desorden. La mesilla de noche estaba volcada, y un vaso se había hecho añicos contra el pavimento.

Se diría que en aquella estancia se hubiera librado una verdadera batalla campal.

Pero en aquella habitación, de reducidas dimensiones, sólo estaban Jenny y la funcionaria que acababa de entrar.

Había una ventana, acristalada y cerrada, protegida con sólidos barrotes.

De repente, Jenny dejó escapar un último y desgarrador alarido, y quedó inmóvil.

—¡Por amor de Dios, Jenny...! —gimió la funcionaria. Y corrió hacia el lecho.

Jenny acababa de morir.

Fue inútil que su vigilante diese masaje a su corazón, e intentase practicarle la respiración artificial.

Jenny había dejado de existir; su corazón se había detenido.

El forense, doctor Higgins, no tardó en emitir su dictamen:

—Fallo cardíaco, no hay duda. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —repitió McBell, estupefacto.

—Sus ojos están desorbitados, sus músculos aparecían todavía tensos, crispados. Yo me atrevería a asegurar que esta mujer ha muerto... de miedo —respondió Higgins, sobrecogido.

CAPITULO III

El viaje desde Londres se había convertido en un ajetreo infernal, continuo.

El coche celular que me conducía a Farmoor botaba y rebotaba sobre los baches y cantos del camino hasta molerme los huesos.

Había caído un improvisado y violento chaparrón, por lo cual el coche patinaba continuamente, a punto de precipitarse fuera de la carretera.

Habían esposado mi brazo derecho y unido el otro grillete a un asa metálica, soldada a las gruesas planchas blindadas del vehículo.

El grillete que rodeaba mi muñeca estaba tan apretado que mi mano, fina y bien cuidada, comenzaba a amoratarse.

Estaba anocheciendo.

Intentaba, de vez en cuando, mirar a través del ventanuco enrejado que comunicaba con la cabina del furgón celular. Pero la oscuridad in crescendo, por una parte, y las continuas salpicaduras de lodo que manchaban el parabrisas, por otro, me impedían totalmente la visión.

Mi estómago se veía asaltado a veces por terribles náuseas. Sentía una angustiosa sensación de claustrofobia en el reducido habitáculo totalmente cerrado, a excepción del ventanuco ya citado.

Sabía que mi estancia en la prisión de Farmoor iba a constituir la experiencia más desagradable de mi vida, pero no tenía otra solución que afrontarla y superaría.

A pesar de los horrores que se contaban acerca de Farmoor, yo ansiaba llegar cuanto antes para verme libre del suplicio que constituía aquel viaje de más de trescientos kilómetros en el interior de un furgón que hedía a desinfectantes.

En el expediente judicial que guardaba en su cartera uno de los dos policías de escolta que viajaban en el cabina, constaba que yo, Mary Ann Dexter, había sido condenada a treinta años de reclusión por los asesinatos de dos agentes de la ley, cuando huía después de haber atracado el Cheesland Bank, de Londres.

Allí se decía que me habían detenido cuando los dos policías me dieron el alto, que esperé inocentemente hasta que ellos se acercaron a mí y guardaron sus armas, y que... fríamente saqué una «Beretta» del bolsillo de mi gabardina, y disparé sobre ellos hasta que cayeron al suelo, acribillados a balazos.

Existía, también, formando parte del expediente, un corto historial penal. Había agredido varias veces a las funcionarías de la prisión-granja de Edgehill y había herido gravemente a una de mis compañeras reclusas. Todo lo cual había influido en el ánimo de las autoridades penitenciarias para decidir mi traslado a Farmoor, como castigo disciplinario.

No sabía lo que me aguardaba en la tétrica Farmoor, pero me imaginaba

que no iba a ser nada agradable.

Volví a mirar por el ventanuco-mirilla, y comprobé que el reloj de pulsera del conductor del furgón marcaba las siete menos cuarto de la noche.

Eran los últimos días de setiembre, y anochecía pronto. El conductor se había visto obligado a encender el alumbrado antiniebla para abrirse camino a través de las espesas brumas.

En lontananza se veían fulgir los fuegos fatuos que surgían de los nauseabundos lodazales que cubrían la zona de Farmoor.

El viento sopló de repente, y las espectrales volutas de la niebla se alzaron a ras de tierra.

Algo o alguien cruzaron furtivamente el camino, en el confín del halo luminoso de los faros.

¿Un animal salvaje, un ser humano...?

Me estremecí y tosí secamente.

Me había enfriado y tenía fiebre. Y por desgracia, no esperaba que en Farmoor me tratasen con cariño.

Por un momento, me sentí desvalida, triste y... aterrada.

Sin embargo, suspiré hondo, me apreté contra el ventanuco como si la proximidad de los tres hombres de la cabina me sirviese de consuelo, y me prometí a mí misma comportarme de forma animosa y resignada, afrontar lo que me deparaba mi incierto porvenir.

Bruscamente el coche se detuvo, tras patinar sobre el fangoso pavimento de la entrada a la prisión.

Uno de los policías de escolta descendió del vehículo, se identificó ante el vigilante de acceso y tornó a la cabina.

El coche se puso en marcha nuevamente, recorrió unos veinte metros y tornó a detenerse.

La puerta posterior de la furgoneta celular se abrió, y uno de mis vigilantes subió y me libró de las esposas.

—Baje —ordenó inexpresivo.

Salté al suelo ágilmente y... estuve a punto de lanzar un alarido de dolor cuando mis pies, tantas horas inmóviles, chocaron contra los duros adoquines.

El policía me tomó sin suavidad por un brazo.

Me había mirado con codicia cuando fui confiada a su custodia, en Londres.

Soy una mujer joven de veinticinco años, más bien alta, esbelta y bien formada, muy atractiva.

Mis largos cabellos rubios contrastan poderosamente con mis ojos azules, muy claros.

Estoy acostumbrada a que los hombres me miren con insistencia, con esa expresión golosa del niño hambriento que contempla un hermoso pastel a través del grueso cristal del escaparate de una confitería.

Pero los policías que me custodiaban hasta Farmoor se habían comportado correcta y fríamente.

Se diría que, en el fondo, deseaban terminar cuanto antes su servicio. Probablemente, habían tenido acceso a mi expediente, y sabían que yo era una criminal peligrosa.

Me condujeron, en silencio, a través de un patio enlosado y encharcado.

Elevé mi mirada a lo alto, y me sentí sobrecogida al contemplar las elevadas murallas coronadas por las garitas de los centinelas.

Un potente loco luminoso recorría insistente las enrejadas ventanas de una larga galería central.

Un policía oprimió un timbre, junto a una gran puerta metálica.

La puerta se abrió en seguida, y entramos.

A lo largo de un húmedo corredor, percibí ese olor característico de las prisiones, mezcla de aroma a rancho y de penetrante hedor a desinfectantes.

Fui presentada ante el funcionario de recepción, un hombre pálido, con grandes bolsas bajo los párpados, que dirigió una crítica y larga ojeada a mi elegante indumentaria, compuesta por zapatos de alto lacón, falda tableada por encima de las rodillas y una tina chaqueta de ante.

Su expresión decía a las claras que no aprobaba tan elegante atuendo en un lugar como la más sórdida prisión de Inglaterra, pero a mí su opinión me tenía sin cuidado.

Echó una ojeada al expediente que le entregó uno du mis custodios, movió la cabeza con escepticismo y me miro con frialdad.

—Bien venida a Farmoor, lady Tatters (*Tatters significa «pingajos» en inglés*) —expresó con hiriente burla. Y agregó—: Tendrá que prescindir en seguida de sus delicados vestidos.

Hizo girar la manivela de un arcaico aparato telefónico y, poco después, una mujer de uniforme penetro en la desolada pieza de recepción.

Era la supervisora de servicios, Madison, una solterona de rostro caballuno y tez marchita, que ostentaba un pomposo y trasnochado moño en la parte más prominente de su cabeza.

Arrugó el ceño en cuanto terminó su impertinente examen de mi persona.

—Es Mary Ann Dexter, condenada a treinta años de reclusión —gruñó el encargado de recepción con tono ácido.

Entregó la ficha que había rellenado con mis datos a la seca señorita Madison, la cual me arrastró a! pasillo y me guió hacia el interior.

Me volví hacía atrás con temor. Los policías se marchaban, deseosos de alcanzar Moortown y detenerse a descansar y a consumir unas cuantas cervezas en la primera taberna de la carretera.

Tragué saliva y me mordí los labios, dispuesta a superar mi deprimente estado de ánimo.

La señorita Madison me hizo penetrar en el departamento de duchas, y sacó un uniforme de un armario.

—Entre ahí, dúchese y póngase ese uniforme —ordenó, entregándome la falda de fuerte algodón y un jersey gris.

Tuve que desnudarme en su presencia, pues no me perdía de vista un solo

instante.

Tiritando y tosiendo, me metí bajo la ducha, abrí el grifo y... un chorro de agua helada cayó sobre mí.

Salté fuera de un salto, y estuve a punto de caer al suelo, al resbalar.

—¡El agua... está helada! —balbucí.

—¿Qué se creía? —Respondió la supervisora de servicios—. ¿Que esto era el Hilton, quizá? ¡Vamos, vuelva adentro! Yo le indicaré cuándo debe salir.

Obedecí. Interiormente la maldecí con toda mi alma.

Cuando me permitió cerrar el grifo, yo tiritaba como un gozquecillo, y seguía tosiendo hasta que me dolió la cabeza.

Madison me lanzó una toalla, tan delgada y áspera que mi piel enrojeció.

Volví a ponerme mi ropa interior, y me vestí apresuradamente con el tosco uniforme de presidiarla, al que la supervisora había añadido unos recios zapatones de tacón bajo.

Me sentía penetrada por el frío, pero mi rostro ardía, febril.

La Madison debió advertir mi estado, pues tuvo un leve rasgo de humanidad, al preguntar:

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

—Sí. He pillado una gripe, y creo que tengo fiebre. ¿No podría darme un vaso de leche caliente y una aspirina? —pedí.

Su risita me sorprendió desagradablemente.

—La hora de la cena ha pasado ya, y la cocina está cerrada. Mañana la visitará el médico. Además, vaya haciéndose a la idea de que Farmoor no es tan dulce y suave como la granja de Edgehill —respondió.

—Ya lo veo —murmuré, resignada. Pero la Madison me indicó secamente la dirección que debía tomar.

El aire olía a moho, y el exceso de humedad podía palparse en el ambiente.

Una funcionaria nos abrió una imponente reja, y avanzamos a través de una galería celular.

De lo alto de la bóveda colgaban varias bombillas amarillentas, y cubiertas de polvo que arrojaban una luz pálida, insuficiente y tétrica.

Una mujer gruesa y pesada, con cara de búho, salió a nuestro encuentro con un gran manojo de llaves en la mano: era la funcionaria Hilton.

—Celda dieciocho —indicó la Madison. Y me miró—. En su celda hay una cartulina con las principales reglas de la prisión. Apréndaselas de memoria, y procure cumplirlas, lo que tal vez acorte su período de observación.

—¿Período de observación? —exclamé, estupefacta—. ¿Quiere decir que voy a estar sola... ahí dentro?

La funcionaria Hilton, que acababa de abrir la celda dieciocho, se volvió hacía mí.

—Sí, querida —gangueó, burlona—. Al toque de sirena, a las siete, te levantarás, recogerás tu colchoneta y te ocuparás de la limpieza de tu celda. ¡Vamos, entra!

Me empujó por la espalda, brutalmente. Tuve que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no golpear aquel rostro de lechuza.

—Y una última advertencia —intervino la supervisora—. Mantenga siempre tapado el inodoro con esa tabla.

—¿Para qué? —pregunté, ingenuamente sorprendida.

—Para evitar que la devoren las ratas —explicó, tajante. Y añadió—: Nuestros roedores son muy voraces y peligrosos. Hace pocos días, una reclusa llamada Howell olvidó poner la tapa. Las ratas penetraron a través del retrete y, mientras dormía, le devoraron parcialmente la oreja derecha.

Me estremecí, a mi pesar.

La Madison parecía gozar narrándome aquellos horrores, y Hilton me contemplaba con expresión aviesa.

—Felices sueños, querida —se burló la funcionaría, y cerró la puerta, forrada en metal, con un fuerte portazo.

Tosí violentamente. La jaqueca iba en aumento v, de cuando en cuando, sufría intensos escalofríos.

Dirigí una ojeada temerosa al frío cubículo en el que habría de dormir.

Era una celda de sucias paredes, de tres metros de longitud por dos de anchura, con un ventanuco a unos tres metros del suelo y altísimo techo, protegido por barrotes de hierro.

Debajo del ventanuco, arrimada a la izquierda, había una cama de hierro con cuatro tablas por somier y una colchoneta enrollada, sobre la cual vi un par de sábanas.

Eran de lienzo crudo y basto, según pude comprobar, pero estaban limpias, al menos.

En el rincón estaba el retrete, cubierto con una gruesa tabla y, junto a él, un rústico y pequeño lavabo de piedra artificial. No había espejo, ni jabón.

Bebí un poco de agua: era mi único privilegio.

Luego levanté, temerosa, la tapa del retrete.

¿Quién se atrevería a utilizarlo, sabiendo que a través de allí llegaban las voraces ratas de Farmoor?

Me sentí desesperada y triste, pero rápidamente me puse a hacer la cama para evitar pensar en los horrores que me aguardaban.

La almohada estaba sucia y mugrienta, pero la funda que le puse estaba limpia.

Extendí las sábanas, y agregué tres mantas muy raídas y usadas, y contemplé el conjunto, con expresión pesimista.

¿Qué hora era?

¿Las nueve, las diez quizá...?

No disponía de reloj, ni tenía noción exacta del paso del tiempo.

Paseé durante unos minutos el corto trayecto de tres metros, pero no logré entrar en calor.

Por el contrario, me dolían todos los músculos de mi cuerpo, y mi dolor de cabeza iba en aumento. .

Decidí acostarme. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Me quité la falda y el jersey, y me estremecí cuando mi cuerpo semidesnudo entró en contacto con las frías sábanas.

Me arropé hasta las orejas, y traté de distraer mis pensamientos en temas agradables, ajenos a la prisión.

Pero no lograba concentrarme. En la celda parecía flotar un ambiente viscoso, lúgubre y amenazador.

Miré la pequeña bombilla empotrada en un agujero sobre la puerta, y protegida por fuertes alambres.

En el silencio de la noche, escuché un rumor de pasos que se arrastraban, furtivos.

¿Era la funcionaria Hilton?

No.

La Hilton pisaba fuerte y contundentemente, dejando caer su corpulenta humanidad aplomada sobre los cortos tacones de sus zapatos.

Algo... alguien rozó la puerta de mi celda.

Luego escuché el leve chirrido de la mirilla, y vi un ojo, destellante, maligno.

Me estaban observando.

Pero ¿quién?

Me sentía atenazada por un pánico frío, agobiante.

En aquel momento, la pequeña bombilla dejó de lucir, y todo quedó en tinieblas.

Sin poderlo evitar, dejé escapar un alarido.

El eco repitió mi grito, con alucinante resonancia, en toda la longitud de la galería.

CAPITULO IV

Mi primera noche en Farmoor la recordaré siempre como una negra y angustiosa pesadilla.

Paralizada por el terror, como un animalillo ante la bestia carnicera, permanecí acurrucada en mi camastro.

Esperaba que, de un momento a otro, algún horrible ser penetrara en mi celda a través de las tinieblas.

En una tensión insoportable, creía ya escuchar el leve descorrer del cerrojo, el chirrido de los goznes, la aspiración sibilante y fétida de la persona o el monstruo que se disponía a atacarme.

Pero nada de aquello sucedió.

La puerta no se abrió, pero yo permanecí en vela hasta muy avanzada la madrugada.

Todo me asustaba: el silbido ululante de las aves nocturnas en los altos torreones, el zumbido del viento penetrando en mi celda a través de los resquicios de la ventana metálica, el sonido metálico lejano de unas llaves...

En la galería correteaban las ratas que se perseguían en las tinieblas, lanzando chillidos escalofriantes.

Del retrete provenía un «glu-glú» sospechoso: las ratas habían ascendido a través de las cañerías, y pugnaban por encontrar una vía de escape a través del inodoro.

Debí dormirme muy avanzada la madrugada.

Un estridente y penetrante alarido de sirena me despertó con tanta brusquedad que me incorporé de un brinco en el lecho.

A través del ventanuco penetraba una leve claridad grisácea: comenzaba un nuevo día.

Sabía que mi deber era levantarme y cumplir con !as reglas de la prisión, pero la gripe me tenía baldada.

No me sentía con fuerzas para abandonar la cama, y me sentía débil como un bebé.

Sin embargo, hice un esfuerzo y me levanté y me vestí, aunque los escalofríos interrumpían mis movimientos.

Enrollé como mejor pude la colchoneta, doblé las sábanas y lo coloqué todo como me habían indicado.

Detrás del retrete había una escobilla que debía servir para realizar la limpieza. Barrí, aunque el suelo estaba limpio.

El cerrojo fue descorrido bruscamente, y la Hilton apareció en la puerta.

—¿Ha dormido dulcemente mi princesita? —exclamó, irónica—. ¡Vamos, alza la barbilla, deja caer tus brazos, pega las palmas a tus muslos!

Obedecí, de mala gana.

—Por favor —gemí—. Estoy enferma. Necesito unas aspirinas, por lo menos.

—No sufras, pequeña; el médico te visitará a las diez. Pídele lo que necesites. ¿Qué te apetece para desayunar? ¿Tostadas, mermeladas, frutas, jamón, té con leche...?

Lanzó una carcajada soez, y cerró la puerta tan violentamente como había abierto.

Humedecí mi ardorosa frente con agua fría, y bebí un sorbo.

Un cuarto de hora después, una de las reclusas me trajo un plato de aluminio y una corta cuchara del mismo metal.

De un gran perol, vertió en mi plato un cazo de un líquido humeante, que resultó ser una especie de malta con leche. También me dio dos galletas, todo lo cual lo devoré en cuanto la puerta tornó a cerrarse.

Limpié el plato en el mismo lavabo, y lo dejé sobre la cama de hierro.

A las nueve se produjo el segundo recuento, correspondiente al relevo de funcionarios.

La mujer que me visitó ahora era la funcionaria Steward, de pequeña estatura, cabellos grises, muy parlanchina, que movía la cabeza como un pajarillo, y tenía una voz sorprendente mente grave y bien timbrada.

La señorita Steward fue más amable conmigo que la Hilton. Me hizo algunas preguntas sobre mi nombre, mi condena y el lugar de donde procedía.

Después me observó con curiosidad, y dijo:

—.Pareces muy enferma, Dexter. Tienes glandes ojeras y pareces febril. ¿Qué te ocurre?

Se lo dije. Y prometió traerme unas aspirinas, con lo cual me sentí algo más confortada.

El médico llego a las diez de la mañana.

Entro en la celda y me miró de arriba abajo, de una lápida e inquisitiva mirada.

Era un nombre impresionante: alto, un tanto encorvado, de cabellos muy negros y ojos verdosos, brillantes.

¿Estaba bien de la cabeza?

Su mirada era a veces huidiza, y sus ademanes nerviosos y rápidos.

No debía tener mucho más de cuarenta años, pero a mí me dio la impresión de un hombre prematuramente envejecido.

Su palidez y sus ojos hundidos le daban un aspecto repelente y desagradable.

—Conque Mary Ann Dexter, ¿eh? —Comentó al tiempo que dirigía una furtiva mirada a la ficha que tenía en la mano—. Me han dicho que estás enferma, pero no será cosa grave, ¿eh?

—Me siento mal, doctor —afirmé—. He pillado una gripe, y pasado la noche con fiebre alta.

—Eso dicen todas... para librarse del período de observación, y ser trasladadas a la enfermería —respondió, sin mirarme—. Comprobaremos si es verdad.

Sacó un termómetro de su funda, y me lo entregó. Yo misma pude

observar, cuando se lo devolví, que mi temperatura era de treinta y nueve grados y ocho décimas, pero el doctor Kenbuick devolvió el termómetro a su funda sin concederle mucha atención.

—Nada importante: un simple catarro —dictamino a la ligera—. Encargaré a la señorita Steward que te ponga una inyección. Te permitirán acostarte, si lo prefieres, pero nada de ingresar en la enfermería.

Terminó de rellenar su ficha con algunos datos que yo fui suministrándole, y se marchó.

¡Dios mío, arreglada estaría con aquel médico si enfermaba de gravedad...!

Miss Steward vino después a ponerme una inyección, y me dio dos aspirinas. Le pregunté si podía acostarme, y me autorizó a hacerlo.

No es que la Steward fuera un angelito, pero, comparada con la Hilton, llegó a parecérmelo.

Pasé tres terribles días acosada por la fiebre, la tos y la jaqueca.

Al llegar la noche, se producía el alucinante concierto de los chillidos de las ratas, en la galería. Incluso oía sus uñas arañando el extremo inferior de la puerta, tal vez intentando entrar en mi celda. Por fortuna, la puerta ajustaba perfectamente, y los bichejos no podrían llegar hasta mí.

Al cuarto día de mi ingreso, una funcionaria me informó que debía comparecer ante el director.

Me guió a través de pasillos y rastrillos hasta el ala oeste, donde las dependencias parecían más limpias y cuidadas y, sobre todo, había calefacción.

Penetramos en el despacho, y vi a Freeman inclinado sobre mi expediente.

Me dirigió una larga y franca mirada, y volvió a mirar el expediente.

A continuación me hizo algunas advertencias sobre el régimen interior de la prisión de Farmoor, me animó a observar mejor conducta en adelante, y agregó:

—He sabido que ha estado enferma estos días, Dexter. En atención a ello, y a que ha obedecido las indicaciones de las funcionarías, he decidido limitar su período de observación. Así pues, abandonará su celda individual y será destinada a otra, con dos de sus compañeras. Podrá asistir al taller de alfombras durante los primeros días. He comprobado, por su expediente, que es enfermera diplomada. ¿Le gustaría ayudar al doctor Kenbuick en la enfermería?

Mi primer impulso lúe decir que no. Kenbuick me resultaba muy desagradable y antipático.

Pero comprendí que convertirme en su auxiliar significaría para mí un trato más amable y humano por parte de los funcionarios y, posiblemente, una mayor libertad de movimientos dentro de la prisión, lo cual viene a ser un sueno para todos los reclusos.

—Muy bien, señor. Haré lo que usted me indique —respondí, sumisa.

—Ese es el mejor camino para rectificar su conducta, Dexter —alabó—. Puede marcharse. La funcionaria la guiará hasta la celda que ocupará a partir

de ahora, en la galería B —me despidió.

La galería B tenía dos pisos y unas doscientas celdas entre ambas plantas.

Algunas mujeres estaban limpiando el piso cuando la funcionaria me condujo hasta mi nueva suite. Dejé toda mi impedimenta —el plato y la cuchara— sobre la cama inferior de una litera doble, y seguí a la funcionaria hasta el taller de alfombras.

Unas ciento treinta mujeres, que vestían un uniforme como el mío, giraron el cuello para contemplarme.

—Esta es Dexter —me presentó la funcionaría—, una nueva compañera. Ha venido a contemplar vuestro trabajo. ¡Ballinger, Newton!

Una enorme mujer, de facciones hombrunas, y una muchacha de unos veinticuatro años, se separaron de la tejedora eléctrica, y vinieron hacia nosotros.

—Dexter ocupará una cama en vuestra celda —informó la funcionaria—. Ballinger, haz un esfuerzo por llevarte bien con ella.

Me dejaron sola en mitad del taller.

En cuanto desapareció la funcionaria, las mujeres volvieron a su trabajo, salpicado muy a menudo de soberanos tacos y palabrotas de todo calibre.

Me acerqué tímidamente a la tejedora que manejaba Norah Ballinger, auxiliada por Liza Newton, y estuve unos minutos presenciando su trabajo.

Al cabo, Ballinger se quitó de la boca el cigarrillo que fumaba, y barbotó sin mirarme:

—Hubiera preferido que Lilian siguiese ocupando su puesto en nuestra celda.

La observé con curiosidad.

Ballinger tenía el pelo muy corto, una especie de bigote en el labio superior, un cuello robusto, unos hombros anchos como los de un estibador, y una nariz chata y aplastada.

—¿Quién es Lilian? —me atreví a preguntar.

—Ella ocupaba la cama que tú vas a utilizar —gruñó la Ballinger.

—Pero ¿dónde está ahora? —insistí.

Mi interlocutora me miró con desprecio.

—Se volvió loca. Una noche despertó, espantada, y saltó sobre la cama de ésta —señaló con un brusco gesto a su ayudante, Liza Newton—. Tú me ves, ¿verdad? Soy muy fuerte, ¿no es cierto? Pues me vi negra para evitar que Lilian estrangulara a Liza. Se la llevaron esa misma noche a la enfermería, después de ponerle una camisa de fuerza y administrarle una inyección sedante. Al día siguiente, el doctor Kenbuick le permitió volver al taller. Parecía sonámbula, y murmuraba constantemente extrañas palabras...

—¿Y...? —pregunté, impresionada.

—Cuando salimos al patio, después del almuerzo, consiguió burlar la vigilancia de la funcionaria, subió a lo más alto de la galería B y se arrojó al suelo de cabeza. Su cráneo reventó como un tomate maduro —declaró Norah Ballinger.

Me mordí los labios de puro espanto.

Ballinger me estaba mirando, de arriba abajo.

—Tú, Dexter, pareces demasiado fina para venir a un sitio como éste —gruñó, siempre arisca—. Demasiado guapa y delicada, ¿me entiendes? Lilian me gustaba más.

Lo comprendí todo, de repente: Ballinger era lesbiana.

¡Dios santo! ¿A qué antro había ido a parar?

Procuré, de todas formas, disimular mi impresión, e incluso me pavoneé un tanto ante ellas.

—No os fiéis demasiado de mi aspecto angelical —pronuncié con tono desgarrado—. Estoy aquí por cargarme a un par de policías, y tendré que pasar treinta años en vuestra amable compañía.

Ballinger me dirigió una mirada conmiserativa.

—¿Qué sabes tú, pequeña? —bufó—. Yo maté a mi esposo, a su padre y a su madre. Pero no pienso pasar muchos años en esta puerca ratonera.

Se interrumpió bruscamente, imaginando quizá que había hablado demasiado.

Por mi parte, me sentía sencillamente paralizada tras la confesión que de sus crímenes acababa de hacer la Ballinger.

Liza me dio un cigarrillo y fumé con gran ansiedad. A punto estuve de marearme, pues hacía muchos días que no fumaba, pero, al cabo de unos minutos, me sentí mejor.

A la una se oyó la sirena. Recogimos nuestros platos y cucharas, y fuimos a comer al comedor colectivo, situado al final de la galería B.

De todas formas, el contacto con aquellas mujeres —las peores criminales de Inglaterra— elevó mi ánimo notablemente.

A las seis y media de la tarde, tras la cena, la funcionaria Rexon nos ordenó formar en la galería y, tras pasar el recuento, fuimos encerradas en las celdas.

La Ballinger me atenazó bruscamente por un brazo, y me apretó contra el muro.

—Espero que no seas una de esa podridas chivatas, Dexter... —barbotó, clavando en mí sus malignos ojillos.

Conseguí zafarme de ella de un brusco manotazo.

—No vuelvas a ponerme las manos encima —respondí con altivez—. En cuanto a lo que dijiste en el taller, puedes estar tranquila: yo soy la primera en desear escapar de aquí.

Los ojos de la Ballinger destellaron.

—Si eso es cierto, tal vez te admitamos en nuestro grupo —declaró, enigmática.

Liza y ella se acostaron en seguida, tras fumar un cigarrillo.

Yo contemplé con temor y repugnancia el lecho que debía ocupar en la litera doble, bajo la corpulenta humanidad de la Ballinger.

En aquella cama había dormido Lilian Bond, que una noche sintiera

estallar la locura en su cerebro, y había estado a punto de asesinar a Liza.

La cama había pertenecido a una mujer que había encontrado la muerte de forma horrible, con los sesos estampados contra las losas de la galería B.

Finalmente, conseguí sobreponerme a mis temores y me desnudé. Rápidamente, me introduje entre las frías sábanas.

La luz se apagó a las diez.

Tenía miedo, pero ahora, al menos, me sentía protegida, en cierto modo, por la proximidad de Ballinger y Newton.

Comenzaba a conciliar el sueño cuando escuché aquel rumor.

Era como un potente jadeo acompasado, que terminaba en algo semejante a un gemido ahogado.

Me incorporé de un brinco sobre la cama.

—¿Qué es eso? —gemí.

La Ballinger no respondió: debía haberse dormido,

Pero Liza estaba despierta, y contestó con un hilo de voz:

—Nadie lo sabe, pero muchas noches se deja oír ese jadeo. Las más antiguas creen que es el espíritu de Jane la Roja, que vaga desde hace veinte años a lo largo de las galerías para atormentar a sus compañeras...

CAPITULO V

El horrible jadeo se fue alejando hasta desaparecer.

Estaba soñando...? ¿Se trataba de una alucinación o... realmente me tocaba vivir una pesadilla horrible?

—¿Quién..., quién era Jane la Roja? —pregunté con voz susurrante, movida por la curiosidad.

Liza me contó la historia, con voz contenida y vibrante.

Jane Asquith, apodada la Roja por el encendido color de sus cabellos, vivía en Londres durante la Segunda Guerra Mundial.

Desde luego, Jane no había gozado de una infancia muy feliz.

Se había criado en un orfelinato, y jamás había conocido a sus padres.

A los catorce años se había fugado del centro, y se había unido a una familia de gitanos trotamundos, que recorrían los pueblos exhibiéndose en un espectáculo ínfimo, que ellos llamaban «circo».

A los diecisiete años, Jane había dejado muy atrás su inocencia, y conocía todas las perversidades habidas y por haber.

Finalmente, abandonó a los gitanos que la habían adoptado, decidida a vivir la vida por su cuenta.

No poseía formación moral alguna, por lo que no tardó en prostituirse.

La primera vez que quedó embarazada, Jane recurrió a una vieja bruja, que practicaba salvajemente el aborto por los medios más rudimentarios.

Jane perdió su hijo, pero fue víctima de una infección que estuvo a punto de acabar con su joven vida.

Sanó al fin, y se prometió a sí misma no recurrir jamás al aborto. Pero el método que adoptó, en cuanto tornó a concebir, fue mil veces más abominable y perverso.

Dio a luz a un hijo y... lo ahogó.

El pequeño e inocente cuerpo fue ocultado en una vieja alacena, que la propia Jane se ocupó de tapiar rudimentariamente.

Jane vivía ya en Londres, donde había alquilado una vieja casa en el barrio portuario de Limehouse.

Ganó algún dinero, adecentó su vivienda y siguió ejerciendo la prostitución durante varios años.

Luego estalló la Segunda Guerra Mundial, y sus clientes comenzaron a escasear.

Los bombarderos nazis machacaban sistemáticamente el Gran Londres; la miseria y las enfermedades acosaban a los londinenses, y las cosas iban tan mal que nadie se podía permitir malgastar un penique.

Jane tuvo que idear otro medio para seguir superviviendo.

Lo encontró rápidamente: los periódicos de Londres estaban llenos de anuncios en los que se solicitaban enfermeras y señoritas de compañía para cuidar enfermos, ancianos, inválidos, etcétera.

Jane procuró adoptar un aspecto más cuidado y discreto, y consiguió un empleo en seguida.

Se trataba de atender a la anciana señora Holm, una viuda de setenta años, mujer acomodada, que percibía cada mes una pensión suficiente para sus propias necesidades, e incluso para permitirse contratar los servicios de una señorita de compañía-enfermera.

Jane sabía muy poco sobre el cuidado de los enfermos, pero la señora Holm tampoco fue muy exigente: bastaba con que le prepararan las comidas, le arreglasen la cama, hicieran la limpieza y le administrasen las medicinas, siguiendo las indicaciones del médico que visitaba a la anciana regularmente.

Además, para qué engañarse, Jane no pensaba aguantar los caprichos de la señora Holm durante mucho tiempo.

Al principio, disimuló solapadamente sus intenciones. Se mostraba cariñosa, comprensiva y siempre dispuesta a atender, solícita, hasta los menores deseos de la viuda.

Todo fue bien hasta que Jane averiguó que la señora guardaba sus ahorros en una cartilla de ahorros, celosamente oculta bajo su almohada.

Una noche, mientras la anciana dormía apaciblemente, Jane introdujo su mano bajo la almohada, y se apoderó de la cartilla.

Dieciocho mu libras era la cantidad que la señora Holm, como una hormiguita, había conseguido ahorrar.

Un bocado suficientemente apetitoso para que Jane fuera capaz de sustraerse a la tentación.

Dentro de la misma cartilla había unos impresos- autorización que la señora Holm solía utilizar para que alguna persona de confianza le sacase el dinero que necesitaba de la entidad bancaria donde tenía depositados sus ahorros.

A las cuatro de la madrugada, la infeliz anciana se despertó sobresaltada. Se ahogaba, era evidente.

“¡Mis gotas..., mis gotas...! —demandó con un hilo de voz.

Se refería al cardiotónico que el médico le había prescrito, indispensable para que la señora Holm pudiera superar sus trances cardíacos.

Pero Jane, en lugar de mezclar diez gotas del específico con un poco de agua, y ofrecerle la bebida salvadora, puso en su mano derecha una pluma, y en la izquierda un impreso-autorización.

—Firme, y Je daré sus gotas —exigió, implacable.

—¡No...! ¡Maldita...! —se atragantó la anciana.

—Firme o... la dejaré morir —insistió Jane.

Congestionada, casi en estado agónico, la viuda Holm optó por estampar su firma en el impreso.

Inmediatamente, Jane le arrebató la autorización y aguardó, impertérrita, hasta que se produjo el fallo cardíaco y la desgraciada señora Holm murió.

Jane tuvo la sangre fría suficiente para dejarse caer en el lecho cercano al de su víctima, y dormir apaciblemente por el resto de la noche.

En cuanto fue de día, recogió sus cosas y salió a la calle, después de cerrar la puerta con llave.

En cuanto los Bancos abrieron, Jane se presentó en el correspondiente a los ahorros de la señora Holm, retiró dieciocho mil libras y desapareció.

Con aquel dinero se dedicó a organizar una orgía tras otra en su casa de Limehouse, a la que dio un aspecto incluso lujoso y confortable.

Un año después, Jane dio a luz a su segundo hijo. ¿Es preciso repetir lo que hizo en esta ocasión? Exactamente igual que en la primera.

Pero la Providencia, se quiera llamar así o se la nombre Casualidad, casi siempre endereza por sí misma los posibles fallos de la justicia.

Una noche, los bombarderos alemanes machacaron el puerto. La casita de Jane Asquith fue una de las alcanzadas.

Jane, malherida, vio llegar a los bomberos, que penetraron entre los escombros para auxiliarla.

Finalmente, consiguieron apartar los escombros y sacar a la mujer.

Pero también hallaron los cadáveres de dos niños recién nacidos.

Jane, en cuanto estuvo curada, fue interrogada por agentes de Scotland Yard.

Jane, cínica, declaró que nada sabía de los macabros hallazgos. Pero la policía recurrió a mistress Sandford, una vieja bruja que ejercía como comadrona, en Limehouse.

La Sandford confesó las fechas en que había ayudado a Jane a traer a sus dos hijos al mundo, e incluso dejó entrever que ésta no abrigaba el deseo de dedicarse a los cuidados de sus bebés.

Uno de los pequeños cadáveres permanecía casi incorrupto aún. Para los forenses del Yard no fue difícil establecer que Jane era la madre de aquel niño.

En mitad de un terrible ataque de nervios, Jane confesó.

Las actuaciones judiciales permitieron, además, relacionar a la Asquith con la muerte de la señora Holm.

En resumen, Jane Asquith la Hoja fue condenada, por un juez, a morir en la horca.

Las cárceles de Londres, parcialmente destruidas, no ofrecían suficiente seguridad para una ejecución y, en virtud del mandato de la Corte Suprema, se dictó que la Asquith fuese trasladada a Farmoor, donde aguardaría la muerte por espacio de dos semanas.

Dicen que, dentro de su celda, Jane se volvió loca. Por la noche se la oía gemir y jadear terriblemente.

Murmuraba constantemente palabras de consuelo, y mantenía siempre sus brazos unidos, como si acunase a un bebé.

Al parecer, con la locura, Jane había recuperado la sensibilidad y el amor maternal, del que jamás había dado pruebas estando cuerda.

La sentencia tenía que cumplirse en la mañana de un brumoso día de primeros de noviembre.

Pero aquel día, después de violentas y abundantes lluvias, el foso donde estaba instalada la horca se anegó, y fue necesario posponer la ejecución de la sentencia.

Durante muchas horas sólo se oyó en Farmoor el rumor de los martillos de los carpinteros que construían apresuradamente un nuevo patíbulo, en una de las abandonadas salas de la antigua fortaleza.

Dos días después, Jane la Roja, instalada en capilla, vio abrirse la puerta de su celda.

Llevada a la horca, de sus labios brotaba un apagado jadeo, que terminaba en un gemido infrahumano.

Cuando puso su pie en el primer peldaño que habría de llevarla hasta el patíbulo, Jane profirió un terrible y penetrante alarido, que retumbó en las altísimas bóvedas.

Y en aquel momento se produjo la catástrofe: la bóveda entera trepidó, y gruesos bloques de granito cayeron de lo alto, y convirtieron en astillas la horca.

Por fuerza, hubo que retardar por segunda vez la ejecución de la Roja, en tanto se construía un nuevo patíbulo.

Se diría que la casualidad, el azar, se oponían a que Jane abandonase este valle de lágrimas.

Un arquitecto exploró la bóveda hundida, y llegó a la conclusión de que el accidente se había debido al potente grito de Jane, al subir al patíbulo. Según él, el poderoso eco había hecho vibrar las piezas de granito y precipitado el hundimiento de las piedras que destrozaron la obra de carpintería.

Pero las reclusas de Farmoor pensaban algo muy distinto.

Afirmaban que Jane invocaba a Satanás en su celda, que convocaba a todos los espíritus del mal a grandes gritos, e incluso se había oído decir que una de las funcionarías se había sentido alarmada al ver brotar un potente fuego rojizo a través de los resquicios de la puerta de su celda.

Para las presidiarías de Farmoor todo era obra diabólica. Jane había pedido al diablo que la salvase de la muerte, y Belcebú estaba echándole una mano de buena gana.

Incluso los funcionarios más sensatos comenzaron a creerlo así cuando Jane la Roja fue conducida al patíbulo por tercera vez.

El verdugo, ocultas sus facciones bajo la negra capucha, había repasado concienzudamente todo el artilugio; la palanca que abría la trampilla y precipitaba al vacío al condenado funcionaba a la perfección, y la soga era resistente y nueva.

Jane avanzaba, muy pálida, con los músculos faciales tensos. Movía los labios como si estuviese pronunciando una oración, pero ningún sonido brotaba de su garganta.

Llegada arriba, el verdugo ajustó el áspero nudo a su garganta, situó a Jane sobre la trampilla, y aguardó las palabras del representante de la ley.

—Jane Asquith, que Dios se apiade de tu alma y perdone tus muchos

crímenes. ¡Que sea ejecutada la sentencia! —pronunció el juez.

El verdugo movió la palanca con fuerza, la trampilla cedió y Jane se vio precipitada al vacío.

Pero, sorprendentemente, la gruesa soga se rompió al brusco tirón.

Todos los que presenciaban la ejecución palidecieron.

La idea tenebrosa estaba en el aire viscoso y húmedo que rodeaba el patíbulo... ¿La frustrada ejecución de Jane la Roja no sería, en verdad, obra diabólica?

Por encima de todo, la ejecución no se interrumpió. A instancia del juez, la cuerda rota fue sustituida por otra, y Jane subió nuevamente al patíbulo.

Sonreía ahora demoníacamente, y profería maldiciones contra todos los presentes y sobre Farmoor entero.

Pero en aquella ocasión la sentencia se cumplió, porque la soga resistió y Jane murió desnucada.

Su cuerpo fue depositado en un rústico féretro de pino en la misma sala del patíbulo, donde debía permanecer hasta el día siguiente, según la ley, fecha en la que sería sepultada.

Un funcionario penetraría cada dos horas en la tétrica estancia para comprobar que Jane estaba realmente muerta.

La primera visita de inspección fue a las doce de la noche.

El funcionario, un tanto tembloroso, alzó la tapa del ataúd y comprobó... que el féretro estaba vacío.

Aterrado, sin fuerzas para gritar siquiera, el hombre dirigió su mirada a lo alto, y vio a Jane colgando de la horca.

Finalmente, el funcionario fue capaz de reaccionar. A sus gritos de alarma acudieron sus compañeros e incluso el médico de la prisión.

—¿A qué viene tanto escándalo? —le preguntaron.

—¡El cadáver...! ¡Ha cambiado de sitio...! —tartamudeó.

Señalaba a lo alto del patíbulo..., hasta que cayó en la cuenta de que el cadáver de la Roja no colgaba ya de la soga.

Fue abierto el féretro y comprobado que el cadáver estaba en su sitio.

Moss, el funcionario, fue relevado por Richards, que a las dos en punto se dispuso a realizar la segunda inspección.

Sus ojos se desorbitaron al ver el cuerpo de Jane sentado sobre el ataúd y con la espalda apoyada en e húmedo muro.

Los rojos cabellos de la muerta caían, desparramados, sobre su rostro, dándole un aspecto lúgubre y espectral capaz de aterrar al más templado.

Pero cuando Richards consiguió escapar de allí, sucedió algo semejante a lo ocurrido con Moss: sus compañeros le obligaron a volver a la sala, para comprobar que el cuerpo de Jane seguía rígido en el féretro.

A lo largo de la noche siguió ocurriendo poco más o menos lo mismo: Jane tan pronto estaba en la horca, como cabalgando sobre el ataúd o sentada en los peldaños del patíbulo, pero en cuanto eran varios los funcionarios que penetraban en la estancia, Jane volvía, sumisa, a la caja de pino.

Pero no se detuvieron ahí los alucinantes acontecimientos de aquella larguísima noche: de madrugada estalló una tremenda tormenta eléctrica, los truenos amenazaban con destruir los viejos edificios, y el viento huracanado destrozó la mayor parte de los cristales de las ventanas.

El cementerio de la prisión, a menos de un kilómetro de Farmoor, fue cubierto por las aguas, y los féretros de las difuntas brotaron de la tierra y flotaron sobre la ciénaga, en fantasmal procesión.

Al amanecer, las aguas se habían retirado y los ataúdes aparecían volcados sobre el fango, mostrando los cráneos mondos y los esqueletos cubiertos de moho.

Fue preciso contratar a varias cuadrillas de trabajadores, en Moortown, los cuales se ocuparon durante dos días en restablecer el aspecto del camposanto.

El cadáver de Jane la Roja fue sepultado al atardecer. Los perros salvajes de las cercanías aullaban quejumbrosamente, y las lechuzas volaban en silencio sobre el lugar.

* * *

Había escuchado en religioso silencio a Liza, cuya voz se había tornado ronca.

Me sentía en un estado de ánimo tal, que yo estaba segura de que, en el caso de que me pinchasen con un alfiler, no brotaría ni una gota de sangre,

Luego, Liza volvió a dejar oír su voz:

—Jane vaga por las galerías de la prisión de cuando en cuando, pero es por estas fechas, cuando se aproxima noviembre, que sus correrías se tornan más frecuentes. Antes de ser ejecutada, Jane estuvo en capilla en la última celda de esta planta, la número 99. Desde entonces, nadie quiere ocupar esa celda, porque se cree que la Roja vuelve en los primeros días de noviembre a ocuparla...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies.

Me arrebujé entre las sábanas, y me encogí aún más.

Sin embargo, tratando de hacerme la fuerte, exclamé:

—Bah, todo eso es superstición. Los muertos están bien muertos, y no pueden abandonar sus tumbas.

—¿Superstición? —murmuró Liza. Y pronunció el nombre de Dios.

En el silencio tornó a dejarse oír un rumor tenebroso.

Era un jadeo angustioso, seguido de un gemido que ponía los cabellos de punta.

CAPITULO VI

El día 3 de noviembre comencé a prestar mis servicios como auxiliar enfermera del doctor Kenbuick.

En cuanto tuve ocasión de realizar las primeras curas, y demostré mis conocimientos en cuestión de asistencia sanitaria, las funcionarías comenzaron a demostrarme mayor simpatía y buen trato.

Cada mañana, después del desayuno, abandonaba mi celda. Sin problemas, me eran franqueados los pasillos, las rejas y las puertas por las empleadas encargadas de la vigilancia.

Kenbuick no me recibió con amabilidad, en principio. Pero a los pocos días, en cuanto comprendió que yo dominaba la técnica sanitaria, comenzó a dedicarme una mayor atención.

Cierto es que, instintivamente, Kenbuick me resultaba repelente.

Pero muy pronto supe —a través de las funcionarias— que el hombre del que yo iba a depender, de allí en adelante, no era un médico vulgar.

John Kenbuick era un investigador nato.

Se había licenciado en Psicología, Frenología, Psiquiatría, y dominaba ampliamente la terapia de todas las enfermedades mentales.

Era una eminencia en cuestiones médico-psíquicas. El motivo de que un profesional de su talla hubiera venido a prestar sus servicios a Farmoor, suponía un misterio para mí.

En su despacho, próximo a la enfermería, Kenbuick coleccionaba centenares de revistas científicas y médicas, tocias ellas relacionadas con la investigación de las enfermedades mentales.

Como profesional, Kenbuick era muy importante: un autentico y raro especialista. Pero como persona dejaba mucho que desear.

Siendo un hombre relativamente joven, presentaba corrientemente un aspecto personal muy descuidado, e incluso desaseado.

No era extraño verle con barba de varios días, y muchas veces observé que los cuellos de su camisa aparecían mugrientos.

Mi nuevo trabajo entrañaba una mayor confianza con las funcionarías, y ello me sirvió para conocer muchas cosas relacionadas con los funcionarios de la prisión.

En el ala norte, por ejemplo, estaban las viviendas del director, míster Freeman; de míster Berries, el funcionario que hacía las veces de administrador, y también del doctor Kenbuick, que era soltero.

El reverendo Parkinson vivía en Farmoor, y venía diariamente a la prisión en su pequeño «Morris».

Había, también, una residencia para funcionarios y funcionarias solteros, lo cual representaba la mayoría del personal de servicio.

Supe que Kenbuick iba muy de tarde en tarde a Moortown en el microbús que la prisión ponía a disposición —un par de veces al día— de los

funcionarios que quisiesen trasladarse a la próxima ciudad.

Kenbuick era un estudioso, un hombre poco dado a las relaciones con el sexo opuesto, un misógino, en suma.

No se le conocían tendencias homosexuales, tan de moda en nuestro país. Pero era notorio que tampoco se sentía muy inclinado hacia ¡as mujeres.

Kenbuick tenía un laboratorio en la prisión, una pieza próxima a la enfermería, cuya puerta metálica permanecía siempre herméticamente cerrada con un enorme cerrojo y una cerradura de seguridad.

El médico de la prisión permanecía la mayor parte del día en la zona destinada a enfermería.

Normalmente, yo le veía deambular por las galerías de la prisión desde las nueve de la mañana hasta altas horas de la noche.

Cuando me hice cargo de mi puesto, no había ninguna enferma en la enfermería. Me constaba que en la galería B había varias mujeres de más de cuarenta años que precisaban tratamiento intensivo contra la tuberculosis y la bronquitis, pero el doctor Kenbuick era refractario a ingresar a las reclusas en la enfermería.

Prefería, habitualmente, atender a las enfermas en sus celdas.

Por mi parte, llegué pronto al convencimiento de que el médico de la prisión demostraba una cierta morbosidad hacia las mujeres enfermas.

Me explico: yo llegué a creer que Kenbuick prefería que todas estuviéramos aquejadas de algún mal.

No me gustaba nada aquella tendencia del doctor. Yo le veía excitado y radiante cuando una de mis compañeras se veía aquejada, de repente, por cualquier acceso de Gravedad.

Cierto que míster Kenbuick se dedicaba entonces absolutamente a atender a las enfermas. Era capaz de permanecer jornadas enteras sin comer, sin beber, sin acordarse, en suma, de sus necesidades personales.

Durante los primeros días, yo volvía a la celda que compartía con Ballinger y Newton al terminar mi cometido en la enfermería. Es decir, al atardecer, poco antes de la hora de la cena, puesto que no había que velar en la enfermería a ninguna enferma grave.

Mis compañeras comenzaban a demostrarme mayor confianza, lo cual se traslucía en comentarios y charlas más libres, y también en los paquetes de cigarrillos con que me obsequiaban algunas veces.

Ballinger me miraba con cierto afecto, lo cual —como es de imaginar— me preocupaba, puesto que yo estaba segura de que era una lesbiana.

Sin embargo, jamás se propasó, en honor a la verdad.

Era evidente que tanto Liza como Norah fraguaban, sin prisas, un plan para evadirse de Farmoor. Yo lo adivinaba en su actitud cautelosa, en sus frases a media voz y en su actitud furtiva en general.

Muy a menudo, por ejemplo, callaban como muertas cuando yo las sorprendía a solas, bien en la celda o en el comedor.

Sin embargo, yo estaba segura de que un día u otro acabarían confiando en

mí, y entonces me harían participe de su plan con toda claridad.

Llevaba tres días ejerciendo mí destino de enfermera auxiliar, cuando fue ingresada Laura Bartock.

Bartock era una mujer de cuarenta y seis años, que sufría una pertinaz insuficiencia renal. Había estado en dos ocasiones muy cerca de la muerte, pero el doctor Kenbuick la había salvado.

Me dediqué por entero a cuidar a Laura que, a pesar de haber asesinado a su madre, me demostró ser una mujer sensible y cariñosa, absolutamente arrepentida de su crimen, muy religiosa y amable.

A partir de aquel día, yo debía ocupar una de las habitaciones de la enfermería, lo que suponía que podría moverme libremente durante todo el día, aunque sólo fuese en el reducido ámbito de las instalaciones sanitarias de la prisión.

A la enfermería se llegaba por un largo pasillo de unos treinta metros, interrumpido dos veces por otros tantos rastrillos o verjas de barrotes, que se ocupaba de franquear, cuando era necesario, una de las funcionarías de servicio.

La enfermería en sí estaba dividida en tres secciones. La más inmediata era la compuesta por diez habitaciones independientes, dotadas simplemente de una cama y una mesilla. Estas habitaciones se utilizaban en los casos de enfermas aquejadas de enfermedades epidémicas fácilmente contagiables o también cuando se trataba de un caso de cierta gravedad.

La segunda sección estaba comprendida por una sala de regulares dimensiones con veinte camas, que se usaban más bien en el invierno por las reclusas aquejadas de afecciones reumáticas, catarros, etcétera.

Por último, estaba la zona dedicada al doctor Kenbuick, a la que ninguna reclusa tenía acceso, por lo común.

El despacho del médico y su laboratorio privado estaban situados al final del pasillo, en la parte más próxima a las antiguas murallas de la fortaleza, muros que tenían tres metros de espesor, precisamente unos metros antes de los servicios higiénicos colectivos anexos a la enfermería.

Durante los tres días precedentes, yo había permanecido en la enfermería hasta las seis, ordenando el pequeño fichero médico e incluso mecanografiando algunos documentos que me había entregado el médico.

A la hora justa en que me habían ordenado abandonar la enfermería y regresar a la galería B, yo solía llamar a la funcionaria, la cual me abría los dos rastrillos y me permitía salir.

Pero Laura Bartock necesitaba de mis cuidados, y yo debería quedarme cerca de ella hasta que mejorase.

A las siete me entregaron mi cena, que mastiqué sin apetito, en mi propia celda.

El doctor Kenbuick estaba en su despacho desde las cuatro de la tarde.

Ayudé a Laura a tomar su cena, le di un comprimido y ella me sonrió dulcemente cuando la animé a descansar.

Permanecí en mi habitación con la puerta abierta —la primera celda del pasillo, junto al rastrillo— hasta las ocho y cuarto, hora en la que decidí acostarme, si bien mantuve la puerta abierta, por si la enferma necesitaba de mis cuidados.

Fumé un cigarrillo en el lecho, esperando escuchar el chirrido del primer rastrillo, señal indudable de que el doctor Kenbuick se marchaba.

Dieron las diez. Aquélla era una hora crucial, propicia al terror... porque precisamente a las diez en punto eran apagadas las luces de la galería B.

Sin embargo, la luz siguió luciendo en la enfermería.

A las once menos cuarto comenzaban a pesarme los párpados, y me dejé adormecer.

Luego, bruscamente, me desperté.

El reloj de mi habitación marcaba las once menos diez: solamente había dormido cinco minutos.

Me sentí confusa. ¿Qué era lo que me había despertado?

Un estertor profundo llegó hasta mis oídos.

No me atreví a abandonar mi lecho... porque me sentía estremecida de espanto,

Al fin, pensé que Laura Bartock podría estar peor, y que tal vez necesitaba de mis cuidados, por lo que salté al suelo vestida con la leve bata blanca que me habían entregado unos días atrás.

Salí al pasillo sin producir el menor rumor —caminaba descalza— y avancé con precaución hacía la habitación de Laura, que era la número tres.

La puerta estaba cerrada.

La empujé y... ¡un filo perfectamente afilado rasgó mi bata, desde el cuello hasta los bajos!

Gemí de terror.

Un bisturí brilló fugazmente a la luz de la bombilla, en el preciso momento en que yo me dejaba caer al suelo.

El filo de acero dejó una profunda marca en la pared enyesada.

La que empuñaba el bisturí era... Laura Bartock.

Su rostro, habitualmente relajado y dulce, aparecía ahora hinchado, tenso, con la tez brillante y azulada.

Creí soñar.

¿Cómo era posible que Laura se hubiera alzado del lecho, cuando en realidad estaba baldada por su afección renal?

Yo misma la había tenido que acompañar al lavabo, pocas horas antes, puesto que ella era incapaz de caminar por sí misma.

Pero ahora la tenía ante mí, con los ojillos brillantes y malignos, que me miraban fijamente, reflejando un odio sin límites.

De mi garganta se escapó un gemido de horror.

Pensé que lo mejor era tratar de atravesar aquella puerta entreabierta y escapar, para cerrarla inmediatamente, echar el cerrojo y evitar así los furibundos ataques de Laura.

Comencé a arrastrarme sobre las losas de] pavimento, pero Laura saltó con agilidad increíble y cerró la puerta.

Con la desesperación de quien se ve amenazada de muerte —sin comprender el motivo de la agresión— moví una pierna y derribé a la Bartock.

El bisturí cayó de sus manos, y yo me apresuré a apartarlo con el pie.

Laura se alzó del suelo con una rapidez impropia de una mujer baldada que apenas era capaz de doblar la cintura, me elevó como una pluma desde el suelo y me proyectó contra el muro salvajemente.

El golpe fue bestial. Tan duro y contundente que me escurrí hasta el suelo, semiinconsciente.

La enferma me apresó por el cuello y comenzó a apretar. Mis ojos se nublaron, el aire faltaba a mis pulmones.

Conseguí mover una pierna y !a golpeé precisamente en los riñones.

Laura dejó escapar un gemido, y cayó de espaldas. Durante unos segundos se revolcó en el suelo violentamente, y luego quedó inmóvil.

Me incorporé, jadeante, espantada.

Al fin, tomé a la mujer por debajo de las axilas y conseguí arrastrarla hasta el lecho.

Busqué las correas en mi propia habitación, e inmovilicé sus piernas, sus brazos y pasé la última banda sobre su abdomen, en previsión de que pudiese sufrir un nuevo acceso violento.

Cuando terminé, me sentía exhausta.

Sin embargo, no era mi cansancio lo más importante. En mí cerebro martilleaban incesantemente aquellas preguntas que nadie podía responderme.

¿Qué horrible cambio se había producido en la mente de Laura Bartock, capaz, en cualquier caso, de convertir a una mujer dulce y pacífica en una peligrosa asesina?

¿Cómo había conseguido hacerse con el bisturí, cuando el doctor Kenbuick guardaba celosamente, en un armario blindado, su material quirúrgico?

Palpé el pecho de Laura, y comprobé que seguía latiendo, si bien tan lenta e irregularmente que me alarmé.

Salí corriendo, en dirección al despacho del doctor.

Kenbuick, personalmente, me había prohibido terminantemente que penetrase en aquella habitación, invocando cuestiones de seguridad. Pero ahora yo estaba dispuesta a conseguir la ayuda del médico por encima de cualquier reglamento.

Golpeé la puerta varias veces, pero nadie atendió mis llamadas.

Finalmente abrí y empujé la puerta.

El despacho estaba vacío, pero la luz de un flexo lucía sobre una metálica mesa de despacho.

Había, también, un gran armario metálico donde el médico guardaba las medicinas y el material quirúrgico, un mueble archivador de madera y un par de sillas metálicas.

Vi una ventana cerrada y protegida con barrotes, A espaldas de la mesa de despacho había una puerta de hierro.

Crucé la habitación, con pasos rápidos y decididos, y llamé:

—¡Doctor Kenbuick!

Nadie respondió a mi voz.

La puerta estaba dotada de un picaporte y una cerradura cromada muy moderna.

Así la manivela, suponiendo que el doctor se encontraba embebido en sus estudios dentro del laboratorio, pero no conseguí abrir.

Volví sobre mis pasos a la carrera hasta el primer rastrillo del pasillo de acceso, y llamé a grandes gritos a la funcionaria de vigilancia.

—¡Por favor, por favor, ayúdeme!

La señorita Paulson dejó sobre una mesita la revista que estaba leyendo, y se puso en pie... a treinta metros de distancia.

—Calma, calma, Dexter—respondió, sin prisas—. ¿Qué te ocurre?

—Necesito que hagan venir al doctor Kenbuick. La Bartock acaba de sufrir un terrible ataque. ¡Incluso intento matarme con un bisturí! —grité.

—¿El doctor Kenbuick? —Inquirió la señorita Paulson—. Tiene que estar en su despacho, tal vez en el laboratorio. Desde luego, no ha salidQ.de la enfermería.

Le dije que le había buscado en el despacho y aporreado la puerta del laboratorio, sin éxito.

Finalmente, la Paulson abrió el primer rastrillo, lo cerró a su espalda y abrió el segundo.

Corrimos pasillo adelante, penetramos en el despacho y... Kenbuick surgió a través de la puerta metálica de su laboratorio.

Tenía un pequeño llavín en la mano que, sin duda, había utilizado para abrir la puerta desde el otro lado.

—¿Qué ocurre aquí, de qué se trata? —inquirió, con flema.

Advertí, de una ojeada, que sus cabellos negros estaban alborotados, y su bata aparecía a medio abrochar.

—Dexter dice que Bartock se encuentra mal —informó escuetamente la señorita Paulson.

Cedimos el paso al médico, que se apresuró a penetrar en la habitación número tres de la enfermería.

Sus ojos brillantes se detuvieron sobre las correas que inmovilizaban a Laura Bartock, y luego se volvieron hacia mí.

—¿Por qué las correas? —preguntó.

No pude explicarme por qué dije la verdad a medias:

—Laura me atacó. Parecía fuera de sí. Me golpeó, y no tuve más remedio que reducirla e inmovilizarla —declaré con un hilo de voz.

Kenbuick me miró con terrible frialdad.

—Eso es imposible —dictaminó pronunciando cuidadosamente las palabras—. Usted sabe que Laura está baldada de los riñones; apenas era

capaz de moverse. ¿Está segura de que no fue usted quien la atacó a ella, Dexter?

Mi barbilla tembló perceptiblemente. Me sentí hundida.

CAPITULO VII

La señorita Paulson ayudó al doctor a descorrer las correas que sujetaban a la Bartock.

Con eficiencia profesional suficiente, Kenbuick auscultó a la enferma, y se volvió a mirarme.

—Está muerta —declaró con el mismo tono impersonal con el que hubiera podido pronunciar: «Necesita vitaminas.»

Paulson me dirigió una mirada dura, incisiva.

Y luego preguntó a Kenbuick, refiriéndose a mí, naturalmente:

—¿Quiere que me la lleve a una celda de castigo?

Debí quedarme pálida como una muerta: he aquí que se disponían a acusarme de la muerte de Laura Bartock.

—Espere —respondió el médico.

Desnudó el cadáver de Laura con toda indiferencia, lo observó con calma y le dio la vuelta, tras lo cual se retiró un paso.

—Dexter no es culpable —habló—. La muerte de Bartock se produjo por insuficiencia renal.

Después de oír sus palabras, yo hubiera roto en carcajadas de alegría. Pero no era lo más adecuado, sobre tocio ante la presencia del cadáver de la pobre Laura Bartock.

En aquel momento me sentía ya liberada y agradecida. Hubiera corrido a besar las manos del doctor..., de no ser porque la presencia de John Kenbuick me repelía inconscientemente.

La señorita Paulson se encargó de llevarme hasta mi celda de la galería B, puesto que ya mis servicios no eran precisos para cuidar a... un cadáver.

—Acuéstese en seguida —me indicó la funcionaria—, Le daré dos minutos para desnudarse y meterse en la cama. Después, apagaré la luz.

Entré en la celda.

Norah Ballinger roncaba, pero Liza alzó su cabeza entre las ropas de la cama.

Parecía muy inquieta, pero no le presté mucha atención porque ansiaba encontrarme en mi propio lecho antes de que la Paulson apagase la luz de la celda.

Sólo cuando quedamos en tinieblas, y escuché los pasos de la funcionaria que se alejaban, me atreví a susurrar:

—¡Liza! ¿Qué te ocurre? ¿Estás nerviosa, no puedes dormir?

—Estoy... horrorizada —respondió con un trémolo de miedo en la voz.

—¿Horrorizada? ¿Por qué?

—Jane la Roja ha vagado por la galería esta noche —murmuró. Y oí que sus dientes castañeteaban.

Yo misma me sentía atemorizada después de los sucesos que habían terminado con la muerte de Laura Bartock, pero comprendí que Liza estaba

en verdad muerta de miedo, por lo cual traté de animarla.

—Ya sabes lo que pienso respecto a Jane la Roja —intenté bromear—. Sólo se trata de una simple leyenda. Y eso que escuchamos, semejante a un jadeo o a un gemido, sólo es el rumor del viento en la claraboya de la bóveda. Vamos, Liza, duérmete tranquilamente y no vuelvas a pensar en esas tonterías.

Entonces se puso a llorar.

Me sentí traspasada por la ternura, e incluso me levanté de la cama y fui hacia ella.

Acaricié sus mejillas. Estaban yertas, heladas. Su respiración era dificultosa, tensa, agobiante.

—¡Liza, Liza! —exclamé.

Se movió un poco y suspiré... Estaba viva.

—Jane se detuvo en esta celda, y nos contempló a

Norah y a mí a través de la mirilla —pronunció en un susurro—. Vi un ojo rojizo, horrible, y la celda se lleno de un resplandor de fuego. Luego Jane habló...

—¿Que dijo? —pregunté, con la intención de seguirle la corriente, puesto que sospechaba que estaba delirando.

—Dijo: «Laura Bartock acaba de morir. Tú también morirás pronto, Liza Newton, muy pronto.»

Me sobresalté, escuchándola.

Porque... Liza no podía estar informada de la muerte de Laura. Ni la funcionaria Paulson ni yo habíamos hablado una sola palabra sobre el dramático final de Bartock.

Me incliné sobre la pobre Newton.

—Dime, Liza, ¿qué hora era cuando Jane la Roja te dijo esas cosas horribles? —pregunté, expectante.

—Acababan de sonar las once en el reloj del centro de vigilancia —respondió ella.

Aproximadamente a las once había fallecido Laura Bartock.

Fue entonces cuando comprendí, sin lugar a dudas, que el Mal imperaba sobre Farmoor, y amenazaba de muerte a todas mis compañeras reclusas.

Evidentemente, todas estábamos en peligro de muerte.

CAPITULO VIII

Dos días después supe que había llegado a Farmoor un inspector de policía perteneciente al New Scotland Yard,

Escribí rápidamente una nota, la guardé en la manga de mi jersey gris, y decidí que debía hallar una disculpa para llegar al despacho de míster Freeman, que en aquellos momentos se entrevistaba con el policía del Yard.

Me imaginaba el motivo de la visita de! policía porque conocía de sobra las historias de Helen Bachman y Jenny Sullavan, dos casos que todavía estaban por resolver,

¿Cómo conseguir llegar hasta el despacho de Freeman?

Liza Newton había ingresado el día anterior en la enfermería, aquejada de asma bronquial.

Fui a ver a Liza a la habitación, y le dije:

—Tienes que ayudarme. Sólo te pido una cosa, si viene el doctor Kenbuick dile que has sufrido un acceso y has estado a punto de ahogarte.

—Eso no estaría muy lejos de la verdad —respondió ella, respirando con fatiga.

Pero estuvo de acuerdo en apoyar mi mentira.

En el pasillo, al otro lado de los rastrillos, estaba la menuda señorita Steward, lo cual iba a favorecer mi plan, puesto que era la funcionaria que más simpatía me había demostrado hasta entonces.

La llamé y vino hacia mí, sin abrir el último rastrillo.

Le explique apresuradamente que Liza se ahogaba.

—¡Por favor, señorita Steward, tengo que entrevistarme con el doctor Kenbuick! —yo sabía que el médico había sido llamado con urgencia al despacho del director de la prisión.

—Pero... ¡eso es imposible! —respondió—. El doctor Kenbuick está...

—...En el despacho de míster Freeman, lo sé. Pero Liza se muere. ¿Quiere cargar con la responsabilidad de su muerte? —disparé.

Se alejo por fin. Y volvió poco después con la supervisora de servicios, Madison.

—Sal —ordenó ésta, secamente—. Y cuidado, pequeña. Compórtale bien o te arrepentirás.

Fui conducida por Madison hasta el ala oeste. La supervisora golpeó discretamente en la puerta, y la empujó.

Entramos.

Un hombre joven, bien parecido, de cabellos castaños un tanto crecidos, que vestía un traje gris excelentemente cortado, estaba sentado cerca de la mesa de Freeman, que hablaba con el desconocido en aquel instante.

El doctor Kenbuick permanecía en pie junto a ellos. Fue el primero en volverse, cuando Madison y yo penetramos en el despacho.

Pareció desagradablemente sorprendido, y en seguida se apartó de

Freeman y el policía, y vino hacia mí.

—¿Qué hace aquí, Dexter? ¡Márchese! —exclamó en voz baja, conteniendo su ira.

—Lo siento, doctor —hablé en voz alta—. Pero Newton ha empeorado. Está muy mal. ¡Necesita ayuda urgente!

Freeman me ordenó acercarme.

Rodeé la silla ocupada por el policía, fingí tropezar en la alfombra y... al apoyarme en el respaldo deslicé la nota que tenía en la palma de la mano en el bolsillo del hombre del Yard.

Tuve que explicar al director lo del ataque de Liza.

—Vaya en seguida, doctor —indicó Freeman.

Advertí que el joven policía me seguía insistentemente con la mirada hasta que Madison, el médico y yo desaparecimos.

En la enfermería, Liza se comportó como una consumada actriz: se retorcía violentamente en el lecho, llevándose las manos a la garganta como si en verdad se asfixiara.

No tenía que fingir mucho; en realidad, respiraba con gran dificultad, debido al asma.

Kenbuick rompió con destreza el cuello de una ampolla, llenó la jeringuilla e inyectó la solución a Liza, que poco después se relajaba y respiraba sin ahogo.

El doctor me miró un momento, como tratando de penetrar en mi mente. Por un momento, temí que fuera a reñirme, pero al cabo me recomendó que no dejase de vigilar a Newton, y abandonó la enfermería.

Me sentía satisfecha y alegre.

El informe que había escrito para Scotland Yard ayudaría a resolver algunos enigmas: ésa era mi esperanza, al menos.

Me estaba ocurriendo algo muy particular: durante el día me sentía animosa y decidida, pero cuando la noche llegaba a Farmoor, el espanto se apoderaba de mi corazón, y las horas nocturnas transcurrían para mí en una vigilia agobiante y tensa.

No era extraño, por tanto, que cuando al fin conseguía conciliar el sueño, éste estuviese poblado de siniestras pesadillas, que lograban desmoronarme físicamente.

En cuarenta días, había adelgazado unos diez kilos, y mi tez, antes muy tostada, había adquirido el tono pálido, casi sin color, habitual de las reclusas de Farmoor.

Me disponía a volver a la habitación de Liza Newton, pero sentí necesidad de ir al lavabo.

Fue entonces cuando advertí que la puerta del despacho del doctor Kenbuick permanecía entreabierta.

Una fuerza poderosa me impulsó a empujar la metálica puerta y a entrar.

La máquina de escribir portátil de Kenbuick estaba sobre la mesa.

Según pude comprobar, el médico había estado mecanografiando un

estudio científico titulado: Efectos de la locura temporal sobre la curación de algunas enfermedades.

Quedé absorta ante los folios mecanografiados.

¿Qué quería expresar exactamente el doctor Kenbuick? ¿Quizá que el estado de locura podía traducirse en la curación de otras enfermedades, como la insuficiencia circulatoria, las afecciones cardíacas o el asma...?

Me disponía a seguir leyendo ávidamente las líneas siguientes, cuando me aparté de un brinco.

El cerrojo de los rastrillos acababa de sonar... ¡Kenbuick se acercaba!

Salí apresuradamente, dejé la puerta tal como la encontrara, y corrí en loca carrera hasta la habitación de Liza Newton..., justamente a tiempo antes de que el médico cruzase el pasillo y se introdujese en su despacho.

Le oí teclear durante toda la mañana hasta la hora del almuerzo, que abandonó el despacho y cruzó los rastrillos.

Me deslicé en seguida hacia su despacho, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Durante el resto del día, oscuras e inquietantes ideas rondaban mi mente. Era inútil que intentase arrojarlas lejos de mí: un presentimiento me atormentaba sin descanso.

Temía, además, por Liza.

Ella, pobrecita, estaba aterrada, segura de que la muerte la estaba acechando, que moriría en fecha próxima.

Sin embargo, su enfermedad no era grave. Una simple bronquitis no curada a tiempo, que había evolucionado hasta el asma. Bastarían cuidados intensivos para que Newton se recuperase.

Yo estaba dispuesta a permanecer vigilante junto a ella, día y noche. Por eso me había empeñado en instalar a mi compañera en la habitación inmediata a la mía propia.

Había ocultado el bisturí con el que Laura Bartock intentase abrirme en canal, y estaba absolutamente decidida a usarlo para salvar mi vida o la de Liza Newton.

Kenbuick llegó a las cinco, visitó a Liza en su habitación, rae dio sus instrucciones para el caso de que la enferma sufriese algún acceso de asma, y volvió a marcharse en seguida.

Cené en compañía de Liza, a la que se le había servido un menú especial, y estuve charlando con ella hasta que el último toque de sirena —a las nueve— indicó que debía acostarme.

—¡No te vayas, por favor! —gimió Liza, temblorosa.

Le tomé las manos y respondí:

—Ya sabes que no me permitirían traer mi cama a esta habitación, pero no temas; estaré muy cerca, pared por medio. Escucha, Liza: te he dejado la cuchara sobre la mesilla de noche, junto al vaso de agua. Si necesitas algo, si no puedes gritar, sólo tienes que hacer tintinear la cuchara contra el vaso y acudiré inmediatamente.

Pareció quedar más conforme, y me retiré.

Por encima de todos mis temores, estaba decidida a vigilar a mi compañera, a evitar que le ocurriera algo irreparable.

Por desgracia, estaba previsto que Liza Newton muriese aquella misma noche.

CAPITULO IX

Desperté, aterrada.

¡Alguien había apagado la luz de mi habitación!

¿O era un corte de fluido eléctrico?

Me incorporé un poco. Pero el terror me paralizaba.

Entonces advertí la tenue luminosidad que, procedente del pasillo exterior, penetraba a través de los resquicios de mi puerta.

Había luz en el exterior... Lo que significaba que alguien había apagado deliberadamente la luz de mi habitación.

Me puse el jersey con manos temblorosas, y descendí de la cama.

Mi habitación está comunicada con otra más pequeña, donde existe un botiquín de urgencia y una mesita sobre la que se esterilizan las jeringuillas de inyecciones y las agujas hipodérmicas.

Este pequeño cuarto anexo no tiene otra salida que la puerta que lo comunica con el mío, pero su tabique lateral no llega a la alta bóveda, pues sólo alcanza a unos tres metros del suelo.

A través de aquel hueco de comunicación llegaba el resplandor de la iluminación de los servicios higiénicos.

Fui hasta la puerta de mi habitación, y me pareció escuchar un jadeo estrangulado.

¿Liza...?

Empujé la puerta. Y comencé a pensar que algo tenebroso estaba ocurriendo, al comprobar que la habían cerrado con cerrojo, por fuera.

Saqué el bisturí del tubo hueco de mi cama y me dirigí al cuarto adyacente.

Tuve que traer mi única silla, adosarla al tabique, subir por ella hasta la mesa y agarrarme al borde superior del pasillo, totalmente lleno de sucio polvo húmedo.

Cabalgué sobre el muro, me dejé colgar hacia abajo y caí sobre los urinarios.

La puerta que daba al pasillo estaba abierta.

Caminé hacia allí muy despacio, sin producir el más leve rumor.

¡Y entonces la vi...!

El miedo paralizó totalmente mi capacidad de reacción.

Pero mis ojos podían ver, captar todo el horror que se ofrecía a mis retinas.

Estaba ante la puerta de la habitación de Liza, y parecía mirar hacia dentro.

Sus larguísimos cabellos rojos flotaban en el aire como brillantes hilos de sangre.

Vestía una túnica blanca que más parecía un sudario, y de sus labios brotaba un jadeo intermitente, que se atenuaba hasta convertirse en un gemido escalofriante.

¡Era Jane la Roja, un espectro, una visión fantasmal, capaz de horripilar a quien tuviera la desgracia de toparse con ella!

Quise gritar, pero —como suele ocurrir a lo largo de las más desagradables pesadillas—, mi garganta se negó a emitir sonido alguno.

Vi que alzaba un larguísimo brazo y accionaba el interruptor de !a luz de la habitación de Liza.

La luz se apagó, y Jane la Roja penetró en la estancia de Newton.

El bisturí tembló en mi mano.

Pero yo me sentía incapaz de reaccionar, de ponerme en movimiento, de gritar loca de pánico, siquiera.

Un alarido hiriente rasgó el silencio.

¡Liza acababa de gritar, horrorizada...!

Debió ser su chillido de espanto lo que conmovió todo mi ser, y me devolvió suficiente voluntad para ponerme en movimiento.

Sólo sé que corrí hacia la habitación de Liza, encendí la luz y me planté en la puerta, con el afiladísimo bisturí en la mano, dispuesta a defender a la infeliz Newton, como fuese.

Jane la Roja se volvió, de un salto.

Sus repugnantes facciones aparecían parcialmente veladas por las rojas guedejas de sus cabellos.

Detrás' del espectro, Liza se debatía en el lecho. Tenía el rostro congestionado, y parecía a punto de ahogarse.

Murmuré entre dientes el nombre de Dios, y avancé un paso.

Si en verdad tenía ante mí al espectro de Jane la Roja, iba a comprobarlo inmediatamente... porque un bisturí no podría herir a un fantasma inconsistente.

Salté adelante y lancé un tajo que desgarró el sudario y... dejó un surco sanguinolento sobre un muslo muy velludo.

El fantasma dejó escapar un gemido de dolor. Pero reaccionó en seguida y agarró la silla metálica que estaba al pie del lecho de Liza.

Me miró a través de sus extraños ojos color púrpura, que destellaban, malignos.

Y de repente, lanzó sobre mí la silla.

No reaccioné con la necesaria rapidez, y recibí un tremendo golpe en el brazo, que me obligó a soltar el bisturí y a chillar de dolor.

Sin darme tiempo, saltó sobre mí.

Tuve que golpearle entre las piernas para que me soltara.

Entonces le agarré por los cabellos y... la brillante peluca roja se desprendió, junto a una fina máscara de látex.

Contemplé el rostro del doctor Kenbuick, despavorida.

Súbitamente, todo parecía claro, comprensible.

En el suelo rebotó algo: un pequeño magnetófono a cassettes. El aparato se puso en marcha, como consecuencia del golpe contra el piso, y en el aíre resonó el jadeo y los gemidos característicos, que las reclusas atribuían a Jane la Roja.

—Así que era usted... —murmuré con un hilo de voz.

—Eres una estúpida, Dexter —rugió—. Eres una maldita entrometida, que va a pagar caro su atrevimiento.

Di un salto atrás.

—Le denunciaré, doctor. Diré a todos quién es el autor de los asesinatos de Laura Bartock, de Lilian Bond, de Jenny Sullavan, de Helen Bachman, de Margaret la Loca.,, ¡Le desenmascararé! —grité.

—Has olvidado mencionar a Liza Newton —pronunció con tal frialdad que un escalofrío me recorrió la espalda. Liza acababa de morir. Un fallo cardíaco, provocado por el miedo. Liza no pudo resistir la visión de Jane la Roja, tan próxima...

Oyéndole, me distraje un segundo,

Kenbuick saltó hacia adelante y cerró la puerta.

Yo quise huir, saltar sobre el lecho de la pobre Liza, pero el médico me agarró por los cabellos y tiró hacia atrás salvajemente.

Las vértebras de mi cuello produjeron un chasquido que resonó en mi cerebro.

«¡Dios santo! —pensé—. ¡Va a... desnucarme!»

Pero Kenbuick no se proponía tal cosa, sino sólo mantenerme inmovilizada mientras ataba rápidamente mis muñecas, sirviéndose del cinturón de tela de mi propia bata.

Fui a gritar, en cuanto recuperé la respiración. Y lo hice varias veces, estridentemente, antes de que Kenbuick me golpease con el puño en la mandíbula inferior.

Mis gritos no debieron ser oídos.

O tal vez, las funcionarías de Farmoor estaban va tan familiarizadas con los alaridos de las reclusas, que ni les prestaban el menor caso.

Mi vista se nubló.

Kenbuick volvió a golpearme con dureza. Mis piernas se doblaron y caí sobre el cadáver de Liza, perdido el conocimiento.

CAPITULO X

Recobré el sentido una hora más tarde.

Abrí los ojos, y traté de incorporarme.

Era imposible. Me habían puesto una camisa de fuerza, pero, además, fuertes correas ceñían mis tobillos, mis brazos y mi pecho.

Junto a mí, observándome con atención, estaban el doctor Kenbuick y la funcionaria Hunter, una mujer corpulenta y desagradable, que tenía fama de violenta y déspota.

Quise gritar, acusar a Kenbuick.

Pero mis pensamientos, por alguna extraña razón, no se tradujeron en palabras.

Sencillamente, no podía hablar.

Sin embargo, oí perfectamente que Kenbuick decía a la funcionaría Hunter:

—Debió sufrir una tremenda impresión al ver cómo Newton se ahogaba, lo cual le provocó un ataque epiléptico. Le he inyectado un sedante, pero tal vez haya que volver a inyectarle más tarde.

«¡Canalla, asesino!», quise gritar. Pero no conseguí otra cosa que congestionarme.

Mis tendones estaban tan tirantes como cuerdas de guitarra, y la respiración brotaba entre mis labios, sibilante.

Luego, Kenbuick recomendó a la Hunter que me visitase de cuando en cuando, y ambos se marcharon.

Mis nervios se dispararon.

Durante unos minutos, me debatí salvajemente en un paroxismo de contracciones, de locos gruñidos y de feroces mordiscos a la almohada..., lo único que tenía a mi alcance.

Finalmente me relajé y prorrumpí en unos gemidos que, de alguna forma, recordaban el llanto.

Con un gran esfuerzo de voluntad, conseguí imponerme a mi desesperación.

Tenía que mantener mi cerebro frío, todos mis sentidos atentos... si quería sobrevivir.

Pensar..., sólo pensar era lo importante.

Elaborar ideas, conseguir una solución inteligente, algo que me salvase de la horrible situación en la que me encontraba.

Pensé en John Kenbuick.

Yo estaba absolutamente segura de su perversidad, de sus intenciones criminales.

Tenía pruebas de que el doctor se paseaba por las galerías de la prisión, avanzada la noche, con un tétrico disfraz, aterrorizando a las mujeres que cumplían condena en Farmoor.

¿Por qué lo hacía, por qué había asesinado a un puñado de mujeres?

Recordé el título de su estudio científico titulado Efectos de la locura temporal sobre la curación de algunas enfermedades.

Súbitamente lo comprendí: Kenbuick había estado experimentando su loca teoría en las mujeres de Farmoor.

Poseía dalos suficientes para llegar a tal conclusión. Por ejemplo, todas las mujeres asesinadas o suicidadas en la prisión en los últimos tiempos habían pasado por las manos del doctor Kenbuick.

La Bachman, Margaret la Loca, Jenny Sullavan, Lilian Bond, Laura Bartock y Liza Newton habían sido ingresadas, enfermas, en la enfermería de la prisión.

Ahora estaba secura de una cosa: el doctor John Kenbuick estaba loco.

Su monomanía científica le habían impulsado a curar las enfermedades de aquellas mujeres mediante una terapia absurda y salvaje: produciéndoles artificialmente la locura.

Pero ¿cómo?

No estaba segura de ello, pero Kenbuick se había servido de las ingenuas leyendas de Jane la Roja para asustar a las reclusas.

Disponía, por otra parte, de un completísimo laboratorio químico, inmediato a su despacho, en el cual se pasaba horas enteras realizando experimentos con alcaloides, destilados de otras hierbas y alucinógenos sintéticos, que él mismo fabricaba.

Probablemente, Kenbuick había descubierto y fabricado una droga capaz de producir la locura.

Y ahora...

Su próximo conejillo de Indias sería yo.

Con toda la audacia del mundo, Mary Ann Dexter había descubierto su criminal juego.

Para Kenbuick sólo había una salida segura: eliminarme.

Como quiera que no podía asesinarme por procedimientos violentos como una puñalada o un balazo, se aprovecharía de su dominio de las drogas para volverme loca.

Pensando en ello, sentí que una tremenda angustia oprimía mi pecho.

Con una violenta torsión a la derecha, conseguí hacer presa con mis dientes en la muñequera de grueso cuero que sujetaba mi brazo derecho.

Mordí, rabiosa, pero hube de abandonar, poco después, la tarea con los dientes terriblemente embotados.

Era imposible. Me sentía tan débil que hube de descansar durante un largo rato para reponer fuerzas.

No lograría liberarme.

Aguardaría, impasible, hasta la llegada de un nuevo día.

Para Kenbuick, no sería difícil introducir en mi cerebro la locura, mediante sus diabólicas drogas.

Me inyectaría una y otra vez —simulando que trataba de curarme— y

finalmente mi corazón estallaría, incapaz de resistir tan terrible tensión.

De repente llegó a mí el recuerdo de Liza Newton.

Una mujer joven, tímida, inmadura..., inmolada inútilmente para servir a los caprichosos experimentos de un médico demente.

¿Podía concebirse una mayor crueldad?

En cierto modo, me sentí infantilmente satisfecha: yo, Mary Ann Dexter, había conseguido desentrañar el enigma de los crímenes de Farmoor, y había descubierto los turbios manejos de un hombre diabólicamente trastornado.

Pero era mi secreto. Nadie más conocía la siniestra personalidad de John Kenbuick y, probablemente, yo moriría ames de desenmascarar, en público, al asesino.

De pronto quedé perpleja.

Acababa de caer en la cuenta de que había algo que no casaba justamente en aquel tremendo rompecabezas.

Aquella noche yo no había oído el chirrido del cerrojo en los rastrillos del pasillo de acceso a la enfermería.

Kenbuick había visitado a Liza al atardecer, pero después se había marchado para no volver.

¿Cómo, entonces, había conseguido penetrar en la enfermería, disfrazarse con el tétrico atuendo de Jane la Roja, y vagar por los pasillos con el designio de provocar el colapso cardíaco en Liza Newton?

¡El laboratorio!

En realidad, Farmoor es un dédalo absurdo de pasadizos, escaleras, sótanos, estancias condenadas, macizas puertas que jamás se abren, falsos techos de cañizo, troneras e incluso aljibes subterráneos.

Imaginé el plano de la enfermería y de las dependencias adyacentes. Lógicamente, próxima al laboratorio de Kenbuick estaba la capilla donde el reverendo Parkinson celebraba sus cultos.

La capilla no era otra cosa que una antigua nave, de regulares dimensiones, dotada de un púlpito de hierro, un par de pesados candelabros de bronce, una mesa- altar de piedra y dos docenas de viejos bancos de pino.

La capilla, en cualquier caso, tenía su acceso a la entrada de la galería B, muy cerca de la gran verja metálica que la separaba del centro de vigilancia de las funcionarias.

Sería muy fácil para Kenbuick pedir a la funcionaria de enfermería que le facilitase la entrada. Oficialmente, el doctor permanecía desde entonces en la enfermería.

Bastaba con introducirse en el laboratorio —un semi-sótano, según me habían contado las enfermeras— disfrazarse con el blanco sudario, la máscara y la peluca roja, y llegar hasta la capilla y desde allí a la galería B.

Sería muy fácil argumentar que las funcionarias deberían ver al fantasma a través de la cristalera del centro de vigilancia, desde donde se dominaba la galería en toda su extensión.

Pero es que las funcionarías también estaban aterradas.

La señorita Rexon, por ejemplo, se había encontrado una noche a Jane la Roja en un lugar sombrío de las arcadas que sustentaban la alta bóveda. Los chillidos que brotaron de su garganta debieron confundirse con los de las ratas que pululaban en la galería,

Desde aquel momento, ninguna de las funcionarías se arriesgó más allá del centro de vigilancia, a partir de las diez de la noche..., sobre todo, cuando al aproximarse noviembre, empezaba a dejarse oír en la larga nave el tremebundo jadeo del espectro.

Las funcionarias optaban por encerrarse en el dormitorio de guardia, anexo al centro. Y todo ello con la bendición de la supervisora Madison que, a pesar de su habitual sequedad y autoritarismo, era en el fondo una mujer asustadiza, supersticiosa e impresionable.

Así pues, el campo quedaba libre para el doctor Kenbuick y sus abominables correrías nocturnas.

Pero, en definitiva, ¿de qué me iba a servir establecer los movimientos y manejos del diabólico Kenbuick... si no podía escapar?

CAPITULO XI

Un pinchazo en el brazo me despertó bruscamente.

Abrí los ojos y vi al doctor Kenbuick.

—Buenos días, mi bella y rebelde amiguita —murmuró dirigiéndome una de sus acostumbradas miradas furtivas.

Me removí en el lecho, contraje mi cuerpo de forma violenta.

—No, no lo hagas, es inútil —advirtió—. Dentro de poco, descansarás, relajada y feliz.

Lo peor de todo era que Kenbuick ni siquiera tenía capacidad para bromear. Sus frases podían tener un carácter bromista, pero su acento era siempre terriblemente serio.

—Ya sé que no puedes hablar. Pero, en realidad, ¿para qué necesitas la palabra? Ahora es tu cerebro el que vive, se distorsiona, madura, desarrolla e impera. Todo lo demás carece de importancia.

Mis párpados pesaban ya toneladas y toneladas.

Me escocían los ojos como si algún gamberro hubiera dejado caer sobre ellos un puñado de arena.

Experimentaba, paulatinamente, una extraordinaria laxitud, si bien a mi boca ascendía algo así como un fluido candente, de un sabor extraordinariamente fétido, repugnante.

Sin embargo, sentía una sensación general sumamente placentera.

No tenía frío ni calor, ni miedo, ni hambre, ni sed No sentía dolor ni me perturbaba ninguna pena.

¡Era magnífico...!

Pero luego...

Bruscamente mi cerebro quedó en blanco. Un vacío absoluto y angustioso se hizo en mi mente.

Me pareció perder el equilibrio y me vi zambullida en un torbellino violento, una especie de tifón descendente que me sumergía en profundidades oscuras y repugnantes.

Luego, de improviso, ascendí en medio de un torbellino de espuma rojiza.

¡Era sangre, sangre espesa, roja, tibia, palpitante!

Mi marcha ascendente se vio bruscamente trenada.

Abrí los ojos con gran esfuerzo, como si fueran de macizo plomo.

Las paredes de mi habitación de la enfermería se desdibujaban, se distorsionaban progresivamente.

Di un grito... o tal vez sólo intente gritar.

¡El techo descendía sobre mí, iba a aplastarme!

De repente, cuando mi corazón parecía ir a estallar de un instante a otro, el techo se alejó y desapareció.

Moví los ojos en una órbita exagerada, y luego conseguí fijar la visión.

Por debajo de la humilde colcha de mi cama surgía uno de mis pies, que se

encontraba... a dos kilómetros de distancia.

La distorsión de las imágenes me mareaba.

Conseguí cerrar los ojos. En principio, supuso un cierto descanso. Pero después...

Vi a Milton Corby, que llegaba en un coche negro brillante y se detenía junto a los altos muros de una vieja fortaleza... ¡Farmoor!

Un hombre de uniforme salió a recibirle. Y dijo:

—Sí, sí. Sabemos que es usted e] inspector Milton Corby, de Scotland Yard. Espere un momento... Le abriré la puerta.

El hombre de uniforme —parecía un vigilante de la prisión— volvía a su cabina y poco después salía... empuñando una metralleta.

Las horrísonas detonaciones destrozaban mis tímpanos y Milton... ¡Milton, amor mío, estás herido, destrozado a balazos!

Yo estaba llorando sobre el cadáver de Milton Corby, el hombre al que amaba más que a todas las cosas de este mundo.

El coche de Milton avanzó hasta nosotros.

Nadie lo conducía. O mejor, ¡sí!

Un tétrico individuo, un sombrío chófer de uniforme negro estaba tras el volante.

El coche de Corby se había convertido en el vehículo de una funeraria, y su chófer bajaba, se inclinaba ante mí ceremoniosamente y... ¡bajo su gorra de visera charolada sólo había una calavera repugnante!

Un cántico tristón, ahogado y disonante resonó en mis oídos.

Yo estaba vestida de negro de los pies a la cabeza, y murmuraba cada tres pasos:

—Muerto, muerto, ¡está muerto!

Raudales de lágrimas brotaban de mis ojos, torrentes tumultuosos que iban a desembocar... a las ciénagas podridas de Farmoor.

En un movimiento repentino y loco, me vi trasladada a Londres.

Me vi en un piso amplio y lujoso, sentada tras una larga mesa de nogal, tan negra como mis vestidos.

Un estirado mayordomo, que tenía unas facciones muy parecidas a la funcionaria Madison, abrió la altísima puerta doble con herrajes dorados, y pronunció con voz encolada:

—¡Lady Liza Newton, parricida, cuarenta y cinco años de condena...!

—¡Lady Laura Bartock, asesina esquizofrénica, cadena perpetua...!

—¡Señorita Lilian Bond, prostituta, envenenadora, cadena perpetua...!

—¡Lady Jenny Sullavan, estafadora, atracadora, homicida, cuarenta años de condena...!

—¡Señora Margaret la Loca, campeona del vicio, treinta años...!

—¡Señora Helen Bachman, reina del crimen, prisión a perpetuidad...!

—Lady Jane Asquith, llamada la Roja, señora del crimen, diosa del veneno, diosa de las Sombras..., ¡PENA DE MUERTE!

Me asfixiaba.

Por la puerta del salón penetraban, en fila, las mujeres nombradas.

Yo iba inclinándome, afligida, ante cada una de ellas. Recibía con un gesto mudo cada uno de los pésames.

Allí estaba Liza, tan joven, delicada y tímida, con su pequeño corazón rojo, partido en pedazos.

Y la pequeña y dulce Laura Bartock, con un collar de oro del que pendía el afilado bisturí con el que había estado a punto de matarme.

Lilian Bond, rubia y esbelta, se deslizaba como una bailarina de ballet, y tenía en su cara de rasgos exóticos un gesto desesperado, demencial.

Jenny Sullavan avanzaba hacia mí, interpretando una danza epiléptica, brusca y desordenada.

Luego pasó Margaret la Loca, riendo a carcajadas mientras fumaba un largo cigarrillo, tras lo cual se lanzaba al vacío sobre la balaustrada de mi derecha.

Helen Bachman movía las provocativas caderas y se acariciaba con suavidad sus prominentes pómulos... ¡Pero súbitamente sus facciones desaparecían y sólo quedaba el cráneo mondo y lirondo que la reclusa Curtis había encontrado bajo el húmedo mantillo del jardín!

Finalmente se inclinó ante mí Jane la Roja. Sus cabellos giraban en deslumbrante cascada escarlata. Llevaba entre los dientes la cartilla de ahorros de la señora Holm, y en cada uno de sus brazos... el yerto cadáver de un bebé.

De repente, La Roja alzó los brazos, se arrebató la peluca escarlata y... el rostro del doctor Kenbuick sonrió sádicamente.

Las fúnebres siluetas ocuparon un lugar a mi izquierda, excepto Margaret la Loca, que yacía con el cráneo destrozado sobre el mármol blanco de la planta inferior.

Ante mí estaba el catafalco sobre el que descansaba el féretro de ébano que alojaba el cadáver de mi adorado Milton Corby.

Veía su cuerpo, ya frío, embutido en un elegante traje gris. Sus hombros, siempre tan anchos, apenas cabían en el ataúd... Y su rostro, cerúleo, parecía contemplarme con un rictus de reproche.

Volví a llorar desconsoladamente.

Me llamé loca, estúpida, celosa, atolondrada, temeraria, fanática, egoísta, fatua...

Me merecía sobradamente todos aquellos insultos. ¿Qué se me había perdido en Farmoor?

Bueno, en principio, el problema no parecía tan grave, Sólo unos cuantos asesinatos sin resolver, cometidos en una oscura y lúgubre prisión.

Pero había visto a Milton en compañía de Gina Montoni, aquella pequeña y sutil italiana, capaz de sorber el seso al hombre más sensato. A la puerta de Mattei, Gina había recogido a Milton en su precioso «Cooper», y yo había sentido que el despecho y el rencor abrasaban mi pecho.

El superintendente O'Brien me había hablado de los crímenes de Farmoor,

y yo dije con osadía:

—Podríamos hacer algo...

O'Brien había tratado de disuadirme:

—De ninguna manera. Demasiado peligroso para una mujer...

—Nada es demasiado peligroso para Mary Ann Dexter —declaré, con arrogancia.

¿Por qué, por qué lo había hecho..., por qué introducirme en aquel pozo de horrores...?

Hasta mis oídos llegaban, distorsionados, los fúnebres lamentos de las plañideras.

Fue capaz de elaborar un razonamiento lógico:

—¿Por qué están aquí, por qué vinieron a darme el pésame... si todas ellas están muertas?

De improviso, el fúnebre escenario desapareció, arrastrando consigo a las siluetas oscuras de las reclusas muertas en Farmoor.

Noté que la sangre corría por mis venas. Y también experimenté un intenso escozor en los brazos y las piernas.

Volví en mí muy despacio, Tan despacio como si me costase un enorme esfuerzo evadirme del mundo de las sombras.

Elevé los párpados, pestañeé, deslumbrada.

Volví a cerrar los párpados y suspiré hondo, con lo que mi pecho se liberó del ahogo.

Antes de tornar a abrir los ojos, olfateé el aire.

Algo, muy cerca de mí, hedía espantosamente.

Abrí, por fin, los ojos, ansiosa por ver lo que había a mi alrededor.

Me encogí sobre mí misma, horrorizada.

¡Ahora sabía de dónde provenía el espantoso hedor!

Centenares de repugnantes gusanos peludos, tan gruesos como mis dedos, pululaban sobre mis piernas, mis brazos y mi vientre.

Con los ojos desorbitados de frío horror, los veía ondularse sobre mi vientre y mi pecho, retorciéndose sobre sí mismos, introduciéndose en mi cuerpo..., del que, en definitiva, estaban ya alimentándose.

CAPITULO XII

Unas manos nudosas, nervudas, de aspecto calloso y viril, extendieron la colcha sobre mi lecho.

¡Los gusanos desaparecieron!

Alcé la mirada y vi a Norah Ballinger, tan corpulenta, segura y voluminosa.

¿Era ella en verdad?

Era ella. En seguida llegó a mi olfato el agrio olor de su sudor, que yo conocía bien, porque había dormido muchas noches en su misma litera.

Del pasillo llegaban unas voces. Eran la de la supervisora de servicios Madison y la... ¡del doctor Kenbuick!

Ballinger dirigió una rápida mirada hacia la puerta de mi habitación, y volvió, presurosa, hacia mí.

—Tenemos una fuerte epidemia de gripe —susurró a mi oído—. Todas las habitaciones están ocupadas, y también la sala. Yo me he ofrecido voluntaria como enfermera. No temas, Dexter. Te ayudaré.

Me alisó los cabellos empapados en sudor con una suavidad que nunca hubiera sospechado en una mujer de aspecto tan varonil.

Yo quería decirle algo, pero de mi garganta sólo surgió un jadeo estrangulado.

—No temas, yo estaré cerca de ti —las palabras sonaban a música celestial en mis oídos—. Te he oído gemir en sueños..., ¿por qué llamabas «asesino» al doctor Kenbuick?

Parpadeé. Angustiada, moví la cabeza a izquierda y derecha, buscando con desesperación algo que me permitiera comunicar a Ballinger un poco de lo que mis labios pugnaban por expresar.

—No puedes hablar, ¿eh? —gruñó ella. Y buscó en los bolsillos de su bata y sacó un pedazo de lápiz.

Soltó apresuradamente mi mano derecha de la argolla de cuero, y puso un pico de su blanco delantal sobre la mesilla.

«KENBUICK ES... ASESINO —escribí en mayúsculas sobre la tela—, MATO A NEWTON-BARTOCK-BOND- SULLAVAN-LA LOCA-BACHMAN... DROGAS... ME MATARA...»

Unos rápidos pasos resonaron en el pasillo.

Ballinger me arrebató el lápiz de la mano, lo guardó en su bolsillo y ciñó de un manotazo la argolla de cuero a mi brazo.

Kenbuick apareció en la puerta.

Sus ojillos malignos me dirigieron una mirada inquisitiva.

Ballinger se había separado dos pasos.

La miré.

Mis ojos se movieron con ansiedad, tratando de advertirla del peligro... ¡En el pico de su delantal estaban las palabras torpemente escritas con lápiz por

mi mano!

Si Kenbuick penetraba en la habitación, vería las deshilachadas frases, y tanto Ballinger como yo estaríamos perdidas.

Y en efecto, el doctor Kenbuick entró.

Pero la robusta Norah bajó la mano izquierda y se recogió el delantal con un ademán típicamente femenino.

—Salga de aquí, Ballinger —ordenó el médico con voz fría.

Norah me dirigió una última mirada y salió.

Durante unos segundos, Kenbuick comprobó las correas que me sujetaban y luego me miró.

—Estás demacrada, Dexter —comentó, cruel—. Pero veo que has regresado del viaje a los Infiernos...

Mis ojos tornaron a desorbitarse de ira, de rabia, de impotencia... y de miedo.

Si Kenbuick sabía leer en mis ojos, debió sentirse hondamente ofendido. Pero su mirada era siempre un tanto errática, huidiza, y en seguida dejó sobre la mesilla su carterita de inyecciones, se sentó sin prisas sobre la silla metálica y me arremangó el brazo derecho.

Mi ser entero se encogió sobre sí mismo en una inútil y violenta contracción, con la que pretendía escapar al horror.

Kenbuick sonrió cínicamente.

—Calma, Dexter —susurró—. Para ti debiera representar un honor todo esto. Piensa, ahora que puedes hacerlo, que estás sirviendo a la ciencia. Gracias a ti..., a todas las demás, yo podré experimentar y depurar la droga más trascendente en la historia de la medicina, ¡la gnoscina!

Sacó un estuche plateado, introdujo una pequeña jeringuilla en un frasco diminuto, que contenía un líquido rojo, viscoso, y aspiró levemente.

Luego ajustó una aguja hipodérmica en su cono, la elevó y dejó que un par de gotas cayeran al suelo con el fin de medir exactamente la dosis a inyectarme.

Pasó una esponjilla empapada en alcohol por mi brazo, pero yo me agité salvajemente, quizá en un absurdo intento de evitar la inyección.

—Vamos, vamos —gruñó, como si se dirigiera a un niño travieso—. Todavía no estás suficientemente loca, Dexter, pero lo conseguiremos mediante dosis progresivas de gnoscina.

Me retorcí, me moví, luché con todas mis fuerzas para impedir que me pinchara.

Pero finalmente quedé exhausta sobre el lecho.

Kenbuick se inclinó sobre mí y, con un rápido y exacto movimiento, me pinchó en el brazo e inyectó.

—Bien, Dexter —exclamó, mientras recogía la jeringuilla, la esponja y la aguja en su estuche—. Te deseo unas atractivas vacaciones en el Infierno.

Se alejó.

Inmediatamente me sumergí en las sombras.

Un río de sangre se ofreció a mis ojos. El rojo líquido se iba espesando y finalmente alcanzaba una cascada, donde la sangre se despeñaba en masas oscuras, que estallaban con estrépito en alguna remota sima.

Ballinger se acercó a mí.

Era enorme y estaba desnuda. Me miraba con una expresión obscena y me hacía significativas señas para que me acercara a la espesura del bosque donde ella se encontraba.

Corrí alocadamente a través de un mar de hielo.

Una bruma verdosa ascendía del suelo, babeaba alrededor de los secos troncos de los árboles y... ya estaba en la ciénaga.

Donald Freeman estaba apoyado en su mesa de despacho. Discutía con el sargento McBell en tono violento y autoritario.

—No podemos ejecutar a toda la población reclusa de Farmoor..., sólo para encontrar a la culpable de los asesinatos —decía Freeman, congestionado.

Un viento huracanado arrastró a Freeman con su mesa e incluso con el sargento McBell.

Yo estaba sentada a la orilla del pantano.

Todo era gris y confuso.

Se oía, de cuando en cuando, un chapoteo siniestro, acompañado del canto lúgubre de las aves nocturnas y del zumbar de] viento entre las hojas de los tupidos arbustos.

Algo se movió entre las espesas y pútridas aguas.

Me levanté de un brinco.

Una cabeza aplastada, de reptil, alcanzó la orilla.

Vi una larga lengua bífida, un cuerpo cilíndrico y viscoso rozó mis piernas, produciéndome un escalofrío.

Traté de huir. Pero el monstruoso reptil se interpuso entre mis piernas y caí sobre un lodazal de aguas malolientes.

—¡Dios mío! —gemí.

Delgados cuerpos negruzcos que se movían sobre el agua nadaron en contorsionante progresión hacia mí.

Eran sanguijuelas.

Me subían por las piernas, ascendían hasta mis senos, mi cuello, mi rostro, mis oídos...

Eran cuerpos cilíndricos, oscuros y delgados, al principio.

Pero después de clavar sus aguijones en mi carne, comenzaran a hincharse monstruosamente y su piel se tornaba roja, y su cuerpo parecía un globo transparente de color púrpura encendido.

Me agité violentamente, y aquellos globos estallaron en el aire y mi propia sangre caía en chispitas sobre mi rostro.

El reptil —la monstruosa serpiente— estaba aguardándome muy cerca. Pendía de las ramas de un sauce, y no pude verlo hasta que su largo y frío cuerpo, cubierto de escamas, detuvo mi carrera, enroscándose en mi cuello.

Sentí un tremendo escalofrío. La cabeza del reptil estaba junto a la mía, y susurraba con largos y modulados silbidos:

—Soy Shibff, madre del gran Shibff-Gon, el hombre- serpiente. Naturalmente, tú no conoces a Shibff-Gon, porque en ese caso te hubieras enamorado de él inmediatamente.

—¿Por qué un hombre-serpiente? —pregunté yo, a pesar de todo.

—Todo sucedió después de que yo devorase a Kargoon, un hombre que se atrevió a cruzar el pantano. Kargoon era un hombre muy testarudo y tenía una idea fija: tener un hijo antes de morir. Así, con Kargoon en mi estómago, yo concebí a Shibff-Gon, mi hijo, que tiene cabeza de reptil y cuerpo humano. Pero no desesperes, yo le llamaré: él necesita urgentemente una esposa.

Shibff utilizó mis hombros como viaducto entre el sauce y el mullido césped, y luego se zambulló en el cieno.

Antes de conocerlo, Shibff-Gon me repugnaba ya, por lo que no esperé. En una carrera loca, tropezando entre las raíces, sorteando las peligrosas arenas movedizas, alcancé una especie de islote, en cuyas orillas se alzaban lujuriosas mandrágoras de flores moradas.

Aparté la espesa vegetación para abrirme paso y me detuve, angustiada, al ver que las aguas sucias se precipitaban en un canal próximo.

Luego comenzó el tétrico desfile.

Desde el cementerio próximo a Farmoor llegaban flotando sobre las espumosas aguas los sencillos féretros que cobijaban los restos mortales de las reclusas fallecidas en la prisión.

La mayoría de las cajas, ya mohosas, se habían destrozado al chocar contra los troncos y las rocas que obstaculizaban su camino.

Conocía a algunas de las ocupantes de las fúnebres canoas, pero la mayoría sólo contenían esqueletos, que se agitaban burlonamente al compás de los impulsos de la fuerte corriente.

Uno de los ataúdes varó junto al plantel de mandrágoras en flor.

Era Shibff-Gon,

Nadie podría olvidar su repelente aspecto.

Su cuerpo recordaba una silueta humana, pero su piel era verdosa y raspaba, y sus brazos y piernas terminaban en extremidades articuladas como las de los cocodrilos.

Su cabeza era como la de una serpiente de cascabel.

Sus ojos, de color esmeralda, fulgían como las piedras preciosas, pero sus afiladísimos colmillos infundían pavor en mi corazón.

—No puedo comprender por qué huiste —me dijo, entre espantosos silbidos—. ¿Podrías encontrar a alguien mejor que yo, en esta hermosa ciénaga?

Rozó mi brazo con una de sus manos y creí morir de repugnancia.

Bruscamente me desasí y corrí a la desesperada, entre el tupido follaje.

Tropecé en una rama y caí.

¡No era una rama! Era el grueso y cilíndrico cuerpo de Shibff, la madre del

nauseabundo Shibff-Gon, que venía en auxilio de su hijo.

La serpiente se ciñó a mis piernas e impidió que me incorporase. Luego, lentamente, oprimió mi pecho, ahogándome, y su cuello apretó el mío hasta que sentí crujir mis vértebras cervicales.

Shibff-Gon se acercaba dando saltos a través de la húmeda floresta.

CAPITULO XIII

Di un profundo suspiro y desperté.

Ballinger me sujetaba con fuerza por el cuello, en su afán por incorporarme... ¡El repugnante abrazo del reptil!

—Bebe —oí la voz de Ballinger—. Es leche.

Bebí.

Lo hice con ansia, porque el alimento líquido que Norah me ofrecía significaba una posibilidad de vida.

No podía ver muy claramente.

Los objetos —Ballinger incluida— que estaban a la vista, se ondulaban y distorsionaban grotescamente.

Pero comprendí dos cosas: que estaba viva y que podía razonar con cierta lógica.

—¿Qué... hora... es? —balbucí. Y yo misma me sorprendí al escuchar el sonido de mi voz.

—Son las seis de la tarde. Llevas diez días aquí, inmovilizada, y he pasado los peores tragos de mi vida oyendo tus pesadillas —habló Ballinger, con urgencia—. ¿Qué te hizo Kenbuick?

—Me... inyectó... una droga... por dos veces... Quiere... volverme loca —logré expresar.

Rápidamente, Ballinger soltó mis correas, me libró de mi camisa de fuerza y comenzó a ponerme un jersey.

Estaba ayudándome a levantarme del lecho cuando el doctor Kenbuick apareció en la puerta.

—¡Quieta, Ballinger! —rugió—. ¿Qué trataba de hacer?

Norah se volvió hacia él con expresión inocente.

—Tengo que llevarla al lavabo, señor. Ella... —empezó a explicar con voz clara.

Pero Kenbuick la interrumpió con violencia:

—Nadie le ha autorizado a hacerlo. ¡Vamos, salga, de prisa!

El alma se me vino a los pies cuando vi salir a Norah Ballinger. Con ella se marchaban todas mis esperanzas.

Entretanto, Kenbuick había abierto su estuche de inyecciones y me contemplaba con expresión malévola.

—¿Quién era Shibff-Gon? —preguntó. Sus ojos, brillantes, demostraban un interés desmesurado.

—Un... monstruo... menos repugnante que... usted —murmuré.

Cerré los ojos, abandonada ya a lo inevitable. Era evidente que mi razón no resistiría a una tercera dosis de gnoscina.

La esponjilla con alcohol humedeció mi brazo y abrí los ojos.

De repente, un funcionario de prisiones penetró en la habitación. Llevaba una pistola en la mano y encañonaba al doctor Kenbuick, que mantenía en su

mano derecha una jeringuilla, con una dosis triple de la temible gnoscina.

—No se mueva, doctor —dijo el funcionario. Y aquella voz resonó familiarmente en mis oídos... ¡Era Milton..., Milton Corby!

Kenbuick le golpeó violentamente con el codo y la pistola que empuñaba Milton se fue entre sus dedos.

En un segundo, Kenbuick había empujado salvajemente a Milton y escapaba.

—¡Ballinger te ayudará! —Gritó Milton, incorporándose de un salto—. ¡Espérame, no temas! ¡Volveré en seguida!

—¡Mil...ton! —gemí.

Ballinger se precipitó en mi habitación, seguida de la supervisora Madison y del director de la prisión, Donald Freeman.

Bendije a Ballinger, la viril, forzuda y... cariñosa

Ballinger, que me liberó de las correas rápidamente, me tomó en brazos y me sacó de la enfermería en volandas.

Percibí su fuerte y agrio sudor. Pero en aquel momento estaba dispuesta a disculparle cualquier cosa.

—¡Aquí, aquí! —Exclamaba Freeman—. El doctor Higgins se hará cargo de ella.

Me depositaron en una blanda y tibia cama. Ballinger sabía ser suave y tierna... también,

Le tendí las manos y oprimí levemente las suyas. Solté un par de lágrimas.

—Gracias, Norah —conseguí pronunciar de una vez.

* * *

Durante quince días permanecí en observación en una sala de King Cross.

Supongo que ya habrán comprendido ustedes que no soy una peligrosa delincuente, capaz de asesinar a dos policías y condenada a treinta años de prisión, sino una joven y atolondrada policía de New Scotland Yard, capaz de cometer las mayores insensateces.

A primeros de diciembre, fui dada de alta en el hospital.

Abajo me esperaban mi entrañable y donjuán inspector Corby y el experimentado, rubicundo y flemático superintendente O'Brien.

O'Brien, además, es un caballero con suficiente tacto para permitir que Milton y yo pudiéramos estar unos minutos a solas en una de las salitas del hospital.

Bueno... Milton Corby no es nada flemático, por todo lo cual omito describir a ustedes sus encendidos y apasionados transportes amorosos de aquel momento.

—Gina Montoni está comprometida —dijo finalmente—. Ha ido a parar a la cárcel por una buena temporada. Así que... eran cuestiones de servicio.

—Ojalá que la Montoni no vaya a parar a Farmoor —respondí, sincera.

—Nadie irá a parar a Farmoor. Van a construir otra prisión, va la están

construyendo. Pero eso no nos importa. ¿Nos vamos?

Nos reunimos con nuestro jefe y subimos a un coche del Yard.

—¿Qué pasó con el doctor Kenbuick? —pregunté, unos minutos después.

—Está en Oakburg —respondió O'Brien—. Ya sabes, el manicomio. Se cayó cuando trataba de escapar, perseguido por Corby. Intentaba escapar a través del sótano que comunica el laboratorio con la capilla... El sótano estaba inundado de agua... Cuando comenzaba a ascender a la capilla, resbaló sobre los primeros peldaños y... se clavó la jeringuilla que llevaba en la mano y con ella la tremenda dosis de gnoscina que pensaba inyectarte.

Me estremecí.

Porque, en verdad, era un final espeluznante.

Recordé, de repente, las terribles pesadillas que hube de sufrir durante diez días en mi cama de la enfermería, y me imaginé, siquiera aproximadamente, el desquiciante camino de locura que John Kenbuick tendría que atravesar.

Miré a través de los cristales.

Nunca me había parecido tan hermoso Londres, a pesar de sus brumas. La gente iba y venía, había vida, los autobuses rojos de dos pisos se movían sin cesar a través de las animadas calles...

Milton oprimió levemente mi mano.

Y sonreí.

Luego torné a ponerme seria.

—¿Quién era Kenbuick, en verdad?

Vi que Milton apretaba las mandíbulas.

—Era un médico excelente y... un pobre demente. Un hombre introvertido, egoísta y tarado, en suma —describió

—Kenbuick era un brillante investigador. Dominaba la Psiquiatría, pero también era un excelente químico. Lo conocía todo respecto a las drogas empleadas por la medicina...

Según O’Brien, el doctor Kenbuick había desempeñado brillantemente la cátedra de Psiquiatría en la Universidad de Manchester.

—No hay duda de que era un estudioso —intervino mi adorado Milton—. Lo había sacrificado todo a la ciencia médica. Pero su tremendo fallo estaba en su presunción, en su orgullo...

—¿Por qué? —pregunté, distraída en la contemplación de las bandadas de palomas que revoloteaban en torno a Trafalgar Square.

El superintendente O'Brien me miró con simpatía. Mi corazón estaba rebosante de calor, porque me sentía cuidada y mimada, después de tantos sufrimientos entre los muros de Farmoor.

—Kenbuick había trabajado como interno en un manicomio, y observó que algunos enfermos sanaban de algunas afecciones secundarias leves cuando eran sometidos a la terapia de las drogas sedantes. El imaginó, erróneamente, que la locura era capaz, por sí, de curar enfermedades tan graves como el cáncer, y...

—Llevó a cabo un completo estudio sobre los casos observados —siguió

Milton—. E incluso fue más allá. Pasó muchos años metido en un cuchitril al que él llamaba «laboratorio» hasta que consiguió la gnoscina, una poderosísima droga capaz de provocar la locura mediante alucinaciones.

El coche que nos transportaba cruzaba en aquellos momentos el Támesis.

Algunas barcazas se deslizaban, parsimoniosas, río abajo.

¡Qué agradable era volver a transitar por aquellos lugares tan amados, lejos del horror...!

—El doctor Kenbuick tuvo la desfachatez de presentar su estudio en un congreso de Psiquiatría internacional. Sus teorías, absolutamente desmesuradas, monstruosas, fueran unánimemente repudiadas. Con lo cual, Kenbuick se vio envuelto en un gran escándalo.

—Naturalmente, le expulsaron de la Universidad —relató O'Brien—. Durante dos o tres años vagó de un lugar a otro, sin encontrar lo que buscaba.

—Y lo encontró en Farmoor —dijo Milton, mientras jugueteaba con mis cabellos—. Una prisión lejana, poco importante, aislada, donde iba a encontrar el material que buscaba: seres humanos en los que experimentar su droga: la gnoscina.

—Fue un hombre terriblemente cruel e insensible —dije, triste.

—Era un loco —resumió O'Brien—. En el fondo, sólo pretendía demostrar al mundo que sus teorías eran certeras. Pero tuvo que cometer horrendos crímenes... que de nada le sirvieron, porque la verdad es que estaba, por desgracia, equivocado.

Pensé que para Kenbuick sería mi i veces mejor la muerte que afrontar la locura... que él mismo se había provocado.

Pero el coche del Yard se había detenido en Chelsea.

Justamente delante de mi casa, muy próxima al pub de Ronald Negro Harvey, un excelente amigo.

En casa estaría mi hermana, Mónica, su esposo, y mis tres alegres y traviesos sobrinos.

Bajé del coche y abroché mi chaqueta de ante, muy friolera.

—Hace frío... —dije.

—Se oye música en Harvey's —murmuró tímidamente Milton.

—Ronald tiene un jerez auténtico que... —empezó a decir O’Brien.

Salté, alegre, sobre la acera.

—¿Quién me invita a una copa de jerez? —pregunté.

Milton y el superintendente comenzaron a discutir por esta causa.

Finalmente los tomé —uno a un lado, otro a otro— por el brazo, y penetramos en Harvey's.

Y todos teníamos una sonrisa en los labios.

FIN